COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 212 y 213

JOHN WEBSTER

La duquesa de Malfi

TRAGEDIA



Precio: Una peseta.

MADRID, 1920

COLECCIÓN UNIVERSAL

A Tomás Borrás
su amigo
E.D.C.

John Webster

LA DUQUESA DE MALFI

TRAGEDIA

MCMXX

Papel especialmente fabricado por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

JOHN WEBSTER

La duquesa de Malfi

TRAGEDIA

La traducción del inglés ha sido hecha por E. Díez-Canedo.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

"Discípulo principal de Shakespeare en el arte trágico" llama sir Sidney Leė, el más autorizado biógrafo de aquél, a John Webster, autor de LA DUQUESA DE MALFI, ahora por primera vez traducida al castellano. Es, en efecto, de todos los dramáticos que en el tránsito del siglo XVI al XVII levantan el soberbio edificio del teatro inglés, quizás el más cercano al maestro por el espíritu. "Se ha dicho que Webster—escribía el poeta Swinburne—es como un miembro de Shakespeare; pero se pudiera replicar que ese miembro es el brazo derecho."

Basta leer LA DUQUESA DE MALFI para que aparezca no ya la imitación, sino el aire de familia. Para ser como Shakespeare, a Webster le falta esa universal penetración, ese latido vital que se echa de ver desde la primera frase en las tragedias shakesperianas. Pero el don de crear seres con existencia propia, de plantarlos frente a frente en situaciones plásticamente impresionantes, nadie se lo ha negado jamás. Echásele en cara una tendencia a lo lúgubre, un abuso de pormenores enderezados a suscitar en el ánimo de su público la sensación obsesionadora de lo horrible. Y esto es verdad; mas con ello queda señalada una sola de sus facciones, no su imponente fisonomía total.

Inspirada en una novela de Bandello, que adap-

tó Painter en su Palace of Plasure *no directamente, sino tomándola de la versión francesa de Belleforest, la tragedia de Webster pone de manifiesto lo que va de una simple narración anecdótica a una acción entre personajes de caracteres cuyo choque engendra el conflicto y que sólo tienen de común con los del novelista, las más de las veces, el nombre.*

Lo que en Bandello es un conflicto de linaje, una lección moral en demostración de los males que causa "I folle amore... e la poca prudenza d'una donna nogli effetti suoi in avilire per i carnali appetiti la sua nobiltà", *pasa en Webster a segundo término. Webster toma partido por la duquesa, la echa en brazos del amor sin que pierda nada de su sentimiento nobiliario al preferir su destino de mujer. Un juego de afectos domésticos sirve de fondo a la acción; la salvaje venganza, con todo su cruel refinamiento, sólo consigue realzarlos más. Todas las figuras, aun las secundarias, están desenvueltas, florecidas, en plenitud de realidad y evidencia escénica; es decir, son verdaderas en su alma y acentuadas en sus caracteres. Así la duquesa ante todo, con Bosola el asesino; así la doncella Cariola y el cardenal; así aun los personajes episódicos, apenas en boceto, de cortesanos y confidentes.*

Fáltale también al autor de LA DUQUESA DE MALFI *la magia de la versificación: versos duros, irregulares, pero tan certeros y escuetos como la prosa que con ellos alterna, según la moda del*

tiempo, son vestidura de esta trágica historia en que la poesía se cubre con máscara de horror. Es, con El diablo blanco o Vittoria Corombona, *impresa por primera vez en 1612, la obra maestra de Webster. Su edición "princeps" lleva fecha de 1623; en 1640 y en 1678 se volvió a publicar, con leves alteraciones. El texto que hemos seguido corresponde al de 1623, según lo ha editado C. Vaughan en* The Temple Dramatists (1896). *Hemos traducido en prosa la obra entera, salvo tres canciones puestas con alguna libertad en forma rítmica.*

No se conocen con exactitud las fechas de nacimiento y muerte del autor. Son meras conjeturas las de 1580 y 1625, respectivamente. Tampoco se saben pormenores ciertos de su vida; lo único claro en su biografía es su colaboración, con Dekker y Rowley, y aun con otros dramáticos de su tiempo, en varias tragedias. Dejó también una elegía a la muerte del príncipe Enrique, A Monumental Column, *publicada en 1613.*

El asunto de LA DUQUESA DE MALFI *fué tratado de modo muy diverso por Lope de Vega en* El mayordomo de la duquesa de Malfi.

LA DUQUESA DE MALFI

PERSONAJES DEL DRAMA

FERNANDO, *duque de Calabria.*
EL CARDENAL, *su hermano.*
ANTONIO BOLÒGNA, *mayordomo de la duquesa.*
DELIO, *su amigo.*
DANIEL DE BOSOLA, *caballerizo de la duquesa.*
CASTRUCCIO.
EL MARQUES DE PESCARA.
EL CONDE MALATESTI.
RODRIGO.
SILVIO.
GRISÒLANO.
EL DOCTOR.
VARIOS LOCOS.
LA DUQUESA DE MALFI.
CARIOLA, *su doncella.*
JULIA, *mujer de Castruccio, querida del cardenal.*
UNA DUEÑA.
DAMAS, NIÑOS, PEREGRINOS, VERDUGOS, CORTESANOS, SERVIDUMBRE.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Malfi.—Salón del palacio de la duquesa.

(*Entran* ANTONIO *y* DELIO.)

DELIO

Bien venido a vuestro país, caro Antonio; largo tiempo estuvisteis en Francia, y volvéis hecho todo un francés en el vestido. ¿Os agradó la corte francesa?

ANTONIO

La admiro; para reducir tanto a la nobleza como al pueblo a un orden fijo, aquel prudente rey empieza por su casa propia; desaloja primeramente el palacio real de sicofantas aduladores, de gentes infames y disolutas, y a esto suavemente lo llama obra maestra de su señor, obra del cielo, considerando, como es justo, que la corte de un príncipe viene a ser una fuente pública de la que debieran manar para todos gotas puras de plata; pero si ocurre que algún maldito acaso la envene-

na cerca de su nacimiento, muerte y enfermedades derrama por todo el contorno. ¿Y de qué nace este bendecido gobierno sino de un consejo en extremo previsor que se atreve a informarle con libertad de la corrupción del tiempo? Aunque alguien tenga en la corte por presuntuoso instruir a los príncipes en lo que debieran hacer, noble es la obligación de informarlos acerca de lo que deben prever. Aquí llega Bosola, única hiel de la corte; mas observo que no hay en sus diatribas sincero amor a la piedad; denigra, verdaderamente, aquello que a él le falta; le gustaría ser lujurioso, avaro, altanero, cruel o envidioso como cualquiera, si tuviese medios de serlo. Aquí viene el cardenal.

(Entran el CARDENAL *y* BOSOLA.*)*

BOSOLA

Sigo siéndoos importuno.

CARDENAL

Ya lo veo.

BOSOLA

Harto bien os serví para que de tal modo me desairéis. ¡Míseros tiempos, en que el bien obrar no tiene otro premio que la obra misma!

CARDENAL

Mucho exageras tu mérito.

BOSOLA

Fuí a galeras por serviros; y en ellas, durante dos años, llevé dos toallas, en lugar de camisa, anudadas al hombro, como manto de caballero romano. ¡Desairarme así! ¡Bien voy a medrar! A los mirlos, el mal tiempo los engorda; ¿no he de engordar yo en estos días perros?

CARDENAL

¡Si quisieras volverte honrado!

BOSOLA

Señáleme vuestra divinidad el camino. A muchos conocí que se fueron a viajar lejos con tal propósito, para volver tan pillos redomados como se habían ido, porque siempre llevaban consigo la picardía. *(Vase el cardenal.)* ¿Te vas? Dicen que hay individuos poseídos por el diablo; pero este gran personaje podía poseer al mayor de los diablos y volverle peor.

ANTONIO

¿Te ha negado alguna súplica?

BOSOLA

El y su hermano son ciruelos que crecen torcidos sobre una charca; ricos son, y están más que cargados de fruta, pero no alimentan sino a cuervos, urracas y orugas. Si yo fuese uno de esos alcahuetes que los adulan, me pegaría como una sanguijuela a sus orejas, hasta estar ahito,

para soltarlos luego. Dejadme, por favor. ¿Quién puede confiar en situación tan miserable con la esperanza de medrar mañana? ¿Qué ser tuvo jamás alimento peor que la esperanza de Tántalo? Y nunca murió más terriblemente un hombre que el que estuvo esperando perdón. Se premia al halcón o al perro que nos han servido; pero al soldado que expone los miembros en una batalla nadie más le sostiene al fin que una especie de geometría.

DELIO

¿Geometría?

BOSOLA

¡Vaya! Verse colgado de una verga o columpiarse, para salir de este mundo, en un reverendo par de muletas, de hospital en hospital. Adiós, señor mío, y que no son burlas, porque los puestos de la corte son como camas de hospital: aquél tiene la cabeza donde éste los pies, y así, de arriba abajo. *(Vase.)*

DELIO

Yo he conocido a éste con siete años de galeras por asesinato probado; y se decía que el cardenal le sobornó; Gastón de Foix, el general francés, le dió suelta cuando recuperó a Nápoles.

ANTONIO

Lástima que se vea tan abandonado; según mis noticias, vale mucho. Esa torpe melancolía será veneno de toda su bondad; porque os aseguro que

si en verdad se dice que un dormir inmoderado es herrumbre interior del alma, la falta subsiguiente de acción engendra todo negro malestar; y cuando éste se levanta, daña como la polilla en la ropa que no está en uso.

DELIO

La sala empieza a llenarse; me prometisteis darme a conocer los caracteres de algunos cortesanos principales.

ANTONIO

¿Los del señor cardenal y otros extranjeros que están ahora en la corte? Así lo haré. Aquí llega el gran duque de Calabria.

(*Entran* FERNANDO, CASTRUCCIO, SILVIO, RODRIGO, GRISOLANO *y* SERVIDUMBRE.)

FERNANDO

¿Quién ganó más veces el anillo?

SILVIO

Antonio Bologna, señor.

FERNANDO

¿El mayordomo mayor de nuestra hermana la duquesa? Désele la joya. ¿Cuándo dejaremos este deporte para emprender unas acciones verdaderas?

CASTRUCCIO

Pienso, señor, que no querréis ir a la guerra en persona.

FERNANDO

Hablemos ahora un poco serio: ¿por qué no?

CASTRUCCIO

Porque bien está que un soldado se eleve a príncipe; pero que un príncipe descienda a capitán, no es necesario.

FERNANDO

¿No?

CASTRUCCIO

No, señor; mejor fuera que hiciese la guerra por delegación.

FERNANDO

¿Y por qué no ha de dormir o comer por delegación? Esto habéis de tener por oficio vano, ofensivo y rastrero, pues renunciáis al honor de lo otro.

CASTRUCCIO

Creed a mi experiencia: nunca hay reino tranquilo si lo rigen soldados.

FERNANDO

Me dijiste que tu mujer no puede soportar pelea.

CASTRUCCIO

Cierto, señor.

FERNANDO

Y me contaste una chanza que le soltó a un ca-

pitán encontrándole lleno de heridas; ya la he olvidado.

CASTRUCCIO

Le dije, señor, que tenía lástima de él porque, como los ismaelitas, iba envuelto en trapos (1).

FERNANDO

Pues chiste es ése que acabaría con todos los cirujanos de la ciudad; pues aunque los galanteadores riñeran, y pusieran mano a la espada, y fuesen a venir a las manos, ella con sus persuasiones los calmaría.

CASTRUCCIO

Eso haría, señor. ¿Qué os parece mi jaca española?

RODRIGO

Es toda fuego.

FERNANDO

Soy del parecer de Plinio: creo que el viento la engendró; corre como si estuviese rellena de azogue.

SILVIO

Cierto, señor; y a veces hasta se la ve temblar.

RODRIGO Y GRISOLANO

¡Ja, ja, ja!

---

(1) Juego de palabras intraducible: *tent,* tienda de campaña y venda al mismo tiempo.

FERNANDO

¿De qué os reís? Pienso que mis cortesanos han de ser yesca que se inflame cuando doy chispa, esto es, que se rían sólo si me río, a poca gracia que tenga el chiste.

CASTRUCCIO

Cierto, señor; también me pareció a mí buena la chanza, mas he tenido a menos mostrar que era lo suficientemente necio para entenderla.

FERNANDO

Pues a mí me da risa vuestro bufón, señor mío.

CASTRUCCIO

No habla, ya lo sabéis, pero hace visajes; mi esposa no le puede aguantar.

FERNANDO

¿No?

CASTRUCCIO

Ni sufrir alegre compañía, porque dice que el mucho reír y el mucho acompañamiento le arrugan la cara.

FERNANDO

Pues quisiera tener un instrumento matemático a propósito para su cara, que así sólo se reiría a compás. Pronto he de visitaros en Milán, señor Silvio.

SILVIO

Bien venida será vuestra señoría.

FERNANDO

Buen jinete sois, Antonio; en Francia hay excelentes caballerizos. ¿Os gusta la equitación?

ANTONIO

Por noble la tengo, señor; como de aquel caballo griego salieron tantos famosos príncipes, así de la buena equitación brotan las primeras chispas de un ánimo decidido que lleva la mente a generosas acciones.

FERNANDO

Bien lo habéis demostrado.

SILVIO

Vuestro hermano el señor cardenal y vuestra hermana la duquesa.

(*Entra de nuevo el* CARDENAL *con la* DUQUESA, CARIOLA y JULIA.)

CARDENAL

¿Están aquí ya las galeras?

GRISOLANO

Ya llegaron, señor.

FERNANDO

Aquí viene el señor Silvio a despedirse.

DELIO

Cumplidme ahora vuestra promesa. ¿Quién es ese cardenal? Me refiero a su carácter. Dicen que es muy templado: capaz de jugarse sus cinco mil coronas a la pelota, de bailar, de cortejar damas, y que más de una vez se ha batido.

ANTONIO

Semejantes destellos son superficiales en él, meras formas; pero observemos su carácter íntimo; es un eclesiástico melancólico; la primavera de sus ojos no engendra más que sapos; cuando está celoso de un hombre, le arma asechanzas peores que las tendidas a Hércules, esparciendo por su camino aduladores, alcahuetes, espías, ateos y mil monstruos políticos de esa especie. Pudo haber sido Papa; pero en lugar de solicitarlo con el primitivo decoro de la Iglesia, empleó el soborno con tal prodigalidad y descaro como si quisiera conseguirlo sin que el cielo se enterase. Algún favor ha hecho...

DELIO

Demasiado hablasteis ya de él. ¿Y su hermano?

ANTONIO

¿El duque? Naturaleza perversa y turbulenta; lo que hay de grato en él cae por fuera; si ríe de corazón, es cuando se ríe de toda honradez como pasada de moda.

DELIO

¿Son gemelos?

ANTONIO

De condición. Este habla con lengua ajena y oye las súplicas de la gente con oídos ajenos; fingirá que se duerme en su asiento sólo por coger en trampa a los transgresores en sus respuestas; por una delación sentencia a un hombre a muerte; da un premio por un rumor que se le trae.

DELIO

Entonces la ley es para él como la sucia y negra tela para la araña; hace de ella morada suya y prisión para coger a los que han de alimentarle.

ANTONIO

Es mucha verdad; no paga más deudas que las motivadas por alguna fechoría: de éstas se reconoce deudor. En cuanto al cardenal, su hermano, dicen los que le adulan que salen oráculos de su boca; yo bien los creo, pues el diablo habla por ella. Mas por lo que hace a su hermana, la nobilísima duquesa, nunca habréis visto tres medallas fundidas en un mismo molde que sean de temple más distinto. Su hablar de tal modo arrebata que sólo empezáis a sentir tristeza cuando va a callarse, y deseáis, maravillado, que tenga por menor vanagloria hablar mucho que por castigo vuestro el oírla; cuando habla mira tan dulcemente que a un paralítico le haría bailar una

gallarda y volverse loco por tan suave continente; pero en esa mirada se expresa tan divina castidad, que mata toda lasciva y vana esperanza. Su vivir ha transcurrido en tan noble virtud que de fijo sus noches, más aún, sus mismos sueños, son más celestiales que el sacramento de la confesión en las otras damas. Rompan todas esas dulces señoras los espejos halagadores y mírense en ella para adornarse.

DELIO

¡Vaya, Antonio, que estiráis demasiado el alambre con su alabanza!

ANTONIO

Hecho ya el retrato, sólo añadiré esto: su mérito propio excede de esta suma; ella borra el tiempo pasado e ilumina lo porvenir.

CARIOLA

Esperad a mi señora en la galería de aquí a media hora.

ANTONIO

Así lo haré.

(Vanse ANTONIO *y* DELIO.*)*

FERNANDO

Hermana, tengo que haceros una súplica.

DUQUESA

¿A mí, señor?

FERNANDO

Un caballero, Daniel de Bosola, uno que estuvo en galeras...

DUQUESA

Sí, ya le conozco.

FERNANDO

Es hombre de mérito; os pido que le nombréis caballerizo vuestro.

DUQUESA

Vuestro conocimiento le sirve de alabanza y de preferencia.

FERNANDO

Dile que venga. *(Vase un criado.)* Estamos a punto de marchar. Buen señor Silvio, llevad nuestros recuerdos a todos los nobles amigos del campamento.

SILVIO

Así lo haré, señor.

FERNANDO

¿Vais a Milán?

SILVIO

Allí voy.

DUQUESA

Que traigan las carrozas. Os acompañaremos hasta el puerto.

(Vanse la DUQUESA, SILVIO, CASTRUCCIO, RODRIGO, GRISOLANO, CARIOLA, JULIA *y servidumbre.)*

CARDENAL

Decid que empleáis a Bosola como espía vuestro; yo no quisiera figurar en el asunto; por eso tantas veces le desdeñé cuando imploró nuestra ayuda, como esta mañana.

FERNANDO

Antonio, el mayordomo mayor de su casa, habría sido mucho más a propósito.

CARDENAL

En cuanto a él, os engañáis; es de natural honrado en demasía para tales cosas. Aquí viene; os dejo. *(Vase.)*

(Vuelve a entrar BOSOLA.)

BOSOLA

Me dijeron que me llamabais.

FERNANDO

El cardenal, mi hermano, no podrá daros ya empleo.

BOSOLA

No, puesto que me lo debe.

FERNANDO

Quizá algún torvo aspecto de vuestra cara le induzca a sospechar.

BOSOLA

¿Estudia la fisonomía? Pues no se ha de dar mayor crédito a una cara que a la orina de un enfermo, que algunos llaman ramera del médico porque le engaña. No tuvo razón para sospechar de mí.

FERNANDO

Por eso debéis dejar tiempo a los grandes. Rara vez nos engaña el desconfiar; cuanto más se sacude el cedro, tanto más de prisa arraiga.

BOSOLA

Pues oíd: sospechar sin razón de un amigo le enseña a sospechar de vos en seguida y le dispone a engañaros.

FERNANDO

Toma este oro.

BOSOLA

Oro es, continuad; nunca caen chaparrones como éstos sin truenos a la cola; ¿qué cuello he de cortar?

FERNANDO

Vuestra inclinación a derramar sangre corre postas antes de que tenga empleo para vos. Os doy el de vivir aquí en la corte y observar a la duquesa; anotad todos los detalles de su conducta, qué pretendientes la solicitan en matrimonio, a quién muestra más inclinación. Es joven y viuda; no quisiera que se volviese a casar.

BOSOLA

¿Por qué no, señor?

FERNANDO

No preguntéis el motivo, y básteos con eso. Digo que no quisiera.

BOSOLA

Al parecer, vais a nombrarme familiar vuestro.

FERNANDO

¿Familiar? ¿Qué es eso?

BOSOLA

Pues... un rarísimo diablo de carne y hueso; pero invisible; un espía.

FERNANDO

Algo tan floreciente para ti quisiera; por ese camino puedes llegar a más alto puesto.

BOSOLA

Tomad vuestros diablos, que el infierno llama ángeles (1); este maldito regalo os convertiría en corruptor y a mí en traidor descarado; y si los tomara, ellos me llevarían al infierno

FERNANDO

Señor mío, nada tomaré de vos que antes os

---

(1) Nombre de cierta moneda de oro.

haya dado; hay aquí un empleo que he pedido para vos esta mañana: el de caballerizo· ¿lo sabíais?

BOSOLA

No.

FERNANDO

Vuestro es. ¿No merece gracias?

BOSOLA

Si yo os hubiese maldecido, vuestra bondad, que ennoblece verdaderamente a los hombres, habría hecho de mí un villano. ¡Oh, para no caer en ingratitud por el bien que me hacéis, he de hacer todo el mal que inventar pueda! Así azucara el diablo toda culpa; y a lo que el cielo denomina vil, él le llama deber.

FERNANDO

Vuelve en ti: conserva ese antiguo aspecto de melancolía; indicará que envidias a los que están por encima de tu condición sin que te esfuerces por acercarte a ellos; así tendrás acceso a las habitaciones privadas, donde podrás, como un lirón político...

BOSOLA

Como he visto que algunos, alimentados en mesa de señor, medio dormidos, fingían no escuchar conversación ninguna; y, sin embargo, esos pillos le degollaron luego mientras dormía... ¿Cuál es mi

puesto? ¿El de caballerizo? Pues entonces mi corrupción brota del estiércol: hechura vuestra soy.

FERNANDO

¡Largo!

BOSOLA

Codicien buena fama, con buenas acciones, los hombres buenos, ya que empleos y riquezas son el pago de la vergüenza; a veces el diablo predica. *(Vase.)*

(Vuelven a entrar la DUQUESA, *el* CARDENAL *y* CARIOLA.)

CARDENAL

Vamos a dejarte; tu propia discreción te ha de regir de aquí en adelante.

FERNANDO

Eres viuda; ya sabes lo que es el hombre; así, no consientas que la juventud, el rango, la elocuencia...

CARDENAL

No; y nada que no lleve el honor de añadidura incline tu noble sangre...

FERNANDO

¡Casarte! Sólo las impúdicas se casan dos veces.

CARDENAL

¡Oh, vaya!

FERNANDO

Más manchados están sus hígados que las ovejas de Labán.

DUQUESA

Dicen que más valor tienen los diamantes cuando pasan por muchas manos de joyeros.

FERNANDO

Así, preciosas serán las prostitutas.

DUQUESA

¿Queréis oírme? Nunca me volveré a casar.

CARDENAL

Eso dicen las más de las viudas; pero, por lo general, el propósito dura lo que una vuelta del reloj; el sermón de los funerales y él acaban al mismo tiempo.

FERNANDO

Pues óyeme: viviendo en tu corte, estás en una pradera pestilente. Produce un fruto que es mortal; prevente, que pudiera envenenar tu fama; no busques habilidades, que aquellas cuya cara contradice a su corazón son brujas antes de los veinte años y dan el pecho al demonio.

DUQUESA

Terrible buen consejo es ése.

FERNANDO

La hipocresía se teje con hilo muy delgado, más sutil que el artificio de Vulcano; pero estad segura de que vuestras acciones más obscuras, vuestros pensamientos más privados, han de salir a luz.

CARDENAL

Puedes hacerte ilusiones y elegir por ti misma: casarte en secreto, bajo las alas de la noche...

FERNANDO

Y tomarlo por el mejor viaje que jamás hicieras; así como el deforme cangrejo, que caminando hacia atrás cree que adelanta porque va por su propio camino. Mas advierte que esos enlaces mejor se dicen hechos que son en realidad celebrados.

CARDENAL

La noche de bodas es el ingreso en una cárcel.

FERNANDO

Y esos goces, esos lascivos placeres, son como pesadillas que predicen desgracia.

CARDENAL

Adiós. La sabiduría empieza por el fin: tenlo presente. *(Vase.)*

DUQUESA

Pienso que esta conversación fué preparada por vosotros: ha salido demasiado redonda.

FERNANDO

Eres mi hermana. Este era el puñal de mi padre, ¿lo ves? No me gustaría verlo enmohecerse, porque era suyo. Quisiera que te apartaras de punibles devaneos: visera y antifaz son cuartos de secretos que para nada bueno se edificaron; adiós; las mujeres gustan de lo que como la lamprea jamás tuvo hueso.

DUQUESA

¿No os da vergüenza, señor?

FERNANDO

No, si me refiero a la lengua; variedad de cortejo. ¿Qué no pudiera hacer creer a una mujer con un cuentecillo un avispado servidor? Adiós, viuda lasciva. *(Vase.)*

DUQUESA

¿Me ha de hacer esto volverme atrás? Si todos mis regios parientes se atravesaran en mi camino para estas bodas, haría de ellos alfombra de mis pies; y ahora mismo, aun en este odio, así como los hombres, en una gran batalla, al conocer el riesgo llevan a cabo acciones casi imposibles, según he oído contar a soldados, así entre sustos y amenazas he de intentar la peligrosa empresa. Digan las viejas que elegí marido a cierra ojos. Cariola, a tu probada reserva he encomendado más que mi vida: mi fama.

CARIOLA

Seguras están una y otra; porque yo ocultaré al mundo este secreto tan santamente como los que comercian con veneno preservan del veneno a sus hijos.

DUQUESA

Ingeniosa y cordial es tu protesta. En ella creo. ¿Vino Antonio?

CARIOLA

Os está esperando.

DUQUESA

Ahora, querida, déjame; pero ve a ocultarte tras del tapiz, donde puedas oírnos. Deséame buen suceso, porque voy a entrar en una selva donde no hallaré sendero ni amistosa huella que me guíe. *(Cariola se oculta detrás del tapiz.)*

(Entra ANTONIO.)

Os mandé a buscar; sentaos; tomad pluma y tinta y escribid. ¿Estáis dispuesto?

ANTONIO

Sí

DUQUESA

¿Qué os dije?

ANTONIO

Que tenía que escribir algo.

DUQUESA

¡Ah, ya recuerdo! Después de estos triunfos y de gastos tan considerables importa que, como buenos ecónomos, indaguemos lo que nos queda en reserva para mañana.

ANTONIO

Como a vuestra beldad y excelencia plazca.

DUQUESA

¡Beldad! De veras os lo agradezco; gracias a vos parezco joven; os habéis echado encima todos mis cuidados.

ANTONIO

Voy a exponer a vuestra gracia el detalle de sus rentas y gastos.

DUQUESA

¡Oh, sois tesorero excelente! Pero os equivocáis; porque cuando dije que deseaba investigar lo que nos queda en reserva para mañana, quise decir lo que está dispuesto allá para mí.

ANTONIO

¿Dónde?

DUQUESA

En el cielo. Voy a hacer testamento, como deben hacerlo los príncipes, en cabal juicio, y os ruego que me digáis, señor, si no es preferible hacerlo así, sonriendo, que entre profundos gemidos

y terribles miradas cadavéricas, como si los dones que repartimos nos procuraran tan violenta perturbación.

ANTONIO

Mucho mejor es.

DUQUESA

Si hoy tuviera esposo, estaría libre de este cuidado. Me propongo nombraros albacea. ¿En qué buena acción hemos de pensar primero? Decid.

ANTONIO

Empezad por la primera buena acción con que empezó el mundo, después de la creación del hombre: con el sacramento del matrimonio. Buscad primero un buen marido; confiádselo a él todo.

DUQUESA

¡Todo!

ANTONIO

Sí, vuestro noble ser entero.

DUQUESA

¿En una mortaja?

ANTONIO

En matrimonio.

DUQUESA

¡San Winifredo, qué última voluntad más rara!

ANTONIO

Más extraño sería que ni hubiese en vos voluntad de casaros de nuevo.

DUQUESA

¿Qué pensáis vos del matrimonio?

ANTONIO

Lo entiendo como los que niegan el purgatorio: que lo llevan al cielo o al infierno; para tercero no hay lugar.

DUQUESA

¡Qué afición le tenéis!

ANTONIO

Mi destierro, alimentando mi melancolía, ha solido razonar así...

DUQUESA

Declaradlo, os lo ruego.

ANTONIO

Decir que un hombre nunca se casó ni tuvo hijos, ¿de qué le priva? Sólo del mero nombre de padre o del flaco deleite de ver a un travesuelo montado en un bastón, o de oírle gorjear como a estornino amaestrado.

DUQUESA

¡Bah, bah! ¿Qué importa eso? Tenéis un ojo

inyectado de sangre, tocaos con un anillo. Dicen que ése es el remedio más eficaz. Es mi anillo de bodas, e hice voto de no desprenderme de él más que para mi segundo marido.

ANTONIO

¿Y ahora os lo quitáis...

DUQUESA

Sí; para alivio de ese ojo vuestro.

ANTONIO

Ciego del todo me habéis dejado.

DUQUESA

¿Por qué?

ANTONIO

Porque en este círculo danza un diablo insolente y ambicioso.

DUQUESA

Echadle.

ANTONIO

¿De qué manera?

DUQUESA

Breve es el conjuro que necesita: con el dedo lo podéis hacer; así, ¿no está bien? *(Le pone el anillo en el dedo; él se arrodilla.)*

ANTONIO

¿Qué decíais?

DUQUESA

Señor, ese techo vuestro, tan hermoso, es bajo en demasía; no puedo tenerme en pie ni discurrir sin hacerlo más alto; levantaos, o, si os place, mi mano os ayudará: así. *(Le hace levantarse.)*

ANTONIO

La ambición, señora, es la gran locura del hombre; no se encierra en cadenas ni en macizas paredes, sino en hermosas y alegres moradas; la cerca el áspero bullicio de los visitantes parlanchines, que la vuelve lunática sin que valgan cuidados. No me creáis tan necio que no adivine adónde tienden vuestros favores; pero loco es quien hallándose frío mete las manos en el fuego para calentarlas.

DUQUESA

De modo que, preparado ya el terreno, podéis descubrir de qué riqueza mía quiero haceros dueño.

ANTONIO

¡Oh, indignidad mía!

DUQUESA

Mal negocio haríais si os vendierais; ese rebajamiento en vuestro valor no es como de usanza en los mercaderes de la ciudad; de falsos enco-

mios se valen para deshacerse de su mala mercancía; yo os diré que si deseáis saber dónde alienta un hombre cabal, y hablo sin lisonja, volváis los ojos y los fijéis en vos mismo.

ANTONIO

Aunque no hubiese cielo ni infierno, sería yo honrado; mucho tiempo he servido a la virtud sin pedirle soldada ninguna.

DUQUESA

Pues ahora os paga. ¡Oh, miseria en los que nacimos grandes! Tenemos que requerir de amores, porque nadie se atreve a requerirnos; y así como un tirano disimula con sus palabras y temibles equívocos, nosotros nos vemos obligados a expresar nuestras pasiones violentas por medio de acertijos y sueños, apartándonos de la sencilla virtud, nunca hecha a fingir lo que no es. Bien podéis jactaros de haberme dejado sin corazón; en vuestro pecho tengo el mío; espero que así multipliquéis vuestro amor. ¡Estáis temblando! No dejéis que vuestro corazón sea un pedazo de carne, con más temor que amor para mí. Señor, estad confiado. ¿Qué os turba? Carne y sangre son éstas, señor; no la efigie de alabastro arrodillada en el sepulcro de mi esposo. ¡Despertaos, hombre, despertaos! Aquí dejo toda vana ceremonia, y sólo me presento ante vos como viuda joven que os pide por esposo, y, siendo viuda, sólo a medias tengo que avergonzarme.

ANTONIO

La verdad habla por mí; he de ser constante santuario de vuestro nombre.

DUQUESA

Gracias, dulce amor; y como no debéis estarme obligado por ser mi mayordomo, sello en vuestros labios el *Quietus est.* Ya debíais de habérmelo pedido; más de una vez vi niños que así comían dulces, temerosos de devorarlos con demasiada prisa.

ANTONIO

Pero, ¿y vuestros hermanos?

DUQUESA

No penséis en ellos. Toda discordia fuera de este círculo es digna de lástima, no de temor; y aunque lo supieran, el tiempo fácilmente aplacaría la tempestad.

ANTONIO

Esas habrían sido mis palabras, y todas las que habéis pronunciado, si algo en ellas no hubiese podido parecer lisonja.

DUQUESA

Arrodillaos.

(Sale CARIOLA *de su escondite.)*

ANTONIO

¡Eh!

DUQUESA

No temáis: esta mujer es confidente mía. He oído decir a letrados que un contrato en un aposento, *por verba presenti*, es matrimonio absoluto. *(Arrodíllase al mismo tiempo que Antonio.)* ¡Bendecid, cielo, este sagrado nudo, y nunca la violencia lo desate!

ANTONIO

Y nuestros dulces afectos, como las esferas, muévanse siempre imperturbables.

DUQUESA

Rápidos, y con la misma suave música.

ANTONIO

Imitemos a las palmas enamoradas, el mejor emblema de un matrimonio pacífico, que nunca dan fruto, separadas.

DUQUESA

¿Qué mayor fuerza puede dar la Iglesia?

ANTONIO

Nunca traiga la fortuna accidente de gozo o de tristeza que desuna nuestros fijos deseos.

DUQUESA

¿Qué pudiera construir la Iglesia más sólidamente? Ya somos marido y mujer, y la Iglesia es quien debe de ser eco de esto. Doncella, apártate, estoy ciega.

ANTONIO

¿Qué propósito tenéis?

DUQUESA

Quisiera llevaros de la mano a la fortuna hasta el lecho matrimonial. En esto habláis conmigo, porque ya los dos somos uno. Acostémonos ahora y ya concertaremos después cómo aplacar a nuestros irascibles parientes; y si queréis, como en el viejo cuento de Alejandro y Ludovico, pongamos entre los dos una espada desnuda que nos mantenga castos. ¡Ah! Dejadme esconder el rubor en vuestro pecho, ya que es tesorero de todos mis secretos!

(Vanse la DUQUESA *y* ANTONIO.*)*

CARIOLA

Si en ella impera más el espíritu de grandeza o el mujeril, no lo sé; pero da muestra de temible locura. A mucha compasión me mueve *(Vase.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Malfi.—Aposento en el palacio de la duquesa.

Entran BOSOLA *y* CASTRUCCIO.

BOSOLA

¿Decís que os gustaría pasar por cortesano eminente?

CASTRUCCIO

Tal es mi mayor ambición.

BOSOLA

Pues vamos a ver: la cara ya es bastante a propósito para ello, y el gorro de noche pone de manifiesto que tenéis las orejas suficientemente grandes. Convendría que retorcierais con gracia los cordones de vuestra faja, y que en un discurso, al final de cada sentencia, carraspearais tres o cuatro veces, o que os sonarais las narices hasta dejarlas limpias para hacer memoria. Cuando lleguéis a presidente en causa criminal, si son-

reís al preso, mandadle a la horca; pero si le miráis con ceño amenazador, dejadle que se libre del patíbulo.

CASTRUCCIO

Seré presidente muy divertido.

BOSOLA

No cenéis por la noche; eso os dará ingenio admirable.

CASTRUCCIO

Antes me hará buenas tripas para reñir, porque, según dicen, los chicos alborotadores rara vez comen carne, y eso les da tal valentía. Pero ¿en qué conoceré si el pueblo me tiene por varón eminente?

BOSOLA

Voy a enseñaros una maña para conocerlo: haced correr la voz de que estáis moribundo, y si oís que la gente os maldice, podéis contar por seguro que os tienen por uno de los primeros gallos.

(*Entra una* DUEÑA.)

¿Venís ahora de pintaros?

DUEÑA

¿De dónde?

BOSOLA

De tratar con ese médico ruin de la cara. No tenerte por pintada casi obliga a creer en mila-

gros; es como si tu faz mostrara los hondos relejes y los sucios barros del último viaje. Hubo en Francia una señora que después de pasar la viruela se arrancó la piel de la cara para darle tersura; y si antes parecía un rallador de nuez moscada, después pareció el aborto de un erizo.

DUEÑA

¿A esto le llamáis pintura?

BOSOLA

No, no; llámalo tú carena de vieja ulcerosa para volver a navegar; es una frase que se acomoda a vuestra plástica.

DUEÑA

Parece que conocéis bien mi alacena.

BOSOLA

Alguien la tomará por tienda de brujerías al encontrar en ella grasa de serpiente, huevos de culebra, salivazos de judíos y porquería de sus criaturas; todo ello para tu cara. Antes quisiera comerme un pichón muerto por la suela de un apestado, que besar a una como tú en ayunas. Dos sois aquí, y vuestras ansias de juventud acrecen el patrimonio del médico y le permiten mudar de cuadra al comenzar la primavera y cambiar de barragana al caer de la hoja. Me asombra que no estéis hartas de vosotras mismas. Oye ahora mi meditación. ¿Qué es la forma exterior del hom-

bre, que tanto amor inspira? Vemos un mal agüero en la Naturaleza si produce potro o cordero, cervato o cabra que se parezca al hombre en algún miembro, y huímos de ellos como de monstruos. Pero aunque tengamos en nuestras carnes enfermedades que tomen nombre de animales —como el lupus ulceroso y la porquería—, aunque nos coman piojos y gusanos, aunque llevemos continuamente un cuerpo podrido y muerto, nos gozamos escondiéndolo en ricas telas; y nuestro miedo, no, nuestro terror, está en que el médico nos lleve a servir de abono a la tierra. Vuestra esposa se marchó a Roma; id a buscarla y pasad a los baños de Lucca para alivio de vuestros males. Yo tengo otros asuntos entre manos.

(*Vanse* CASTRUCCIO *y la* DUEÑA.)

Observo que nuestra duquesa anda mal hace días: arroja, tiene ardor de estómago, ojeras más profundas y azules, demacradas las mejillas y anchas las caderas; y, contra nuestras modas de Italia, lleva un corpiño suelto; algo hay aquí. Tengo una treta muy bonita que me permitirá tal vez descubrirlo: he comprado unos albaricoques, los primeros que da la estación.

(*Entran* ANTONIO *y* DELIO *hablando aparte.*)

DELIO

¿Tanto tiempo lleváis casados? Me asombráis.

ANTONIO

Sellad los labios para siempre. Porque si yo pensara que algo que no sea aire pudiese coger esas palabras vuestras, querría veros sin aliento. ¿Qué tal, señor, vuestras meditaciones? Estudiáis para haceros gran sabio.

BOSOLA

¡Ay, señor! La opinión de la sabiduría es sucia herpe que corre por todo el cuerpo de un hombre; si la simplicidad no evita males, ya nos lleva a ser felices; porque la mayor necedad proviene de la más sutil sabiduría; yo quiero ser honrado, sencillamente.

ANTONIO

Ya entiendo lo que queréis decir.

BOSOLA

¿De veras?

ANTONIO

Como no os gustaría aparecer ante el mundo hinchado por vuestro ascenso, conserváis esta desusada melancolía; dejadla, dejadla ya.

BOSOLA

Permitidme ser honrado en cualquier frase, en cualquier cumplido. ¿He de confesaros la verdad? No tiro adonde no pueda alcanzar; solamente los dioses pueden montar caballos con alas. A mis disposiciones y quehaceres mejor les va una mula de

letrado, con su lenta andadura; porque, creedme, cuando la mente del hombre cabalga más rápida por el galope de su corcel, uno y otro presto se cansan.

ANTONIO

Ya podéis mirar al cielo; yo imagino que el diablo, señor del aire, se os pone delante de los ojos.

BOSOLA

Señor, vos tenéis mucho ascendiente y ocupáis junto a la duquesa el puesto principal; un duque desposeído era primo hermano vuestro. Si dijerais que descendíais en línea recta del rey Pepino, o que erais él en persona, ¿qué? Buscad los manantiales de los ríos mayores del mundo, y encontraréis unas gotas de agua. Piensan algunos que las almas de los príncipes nacieron de causas más poderosas que las de la gente vulgar, y se engañan, que anda la misma mano en ello; las mismas pasiones los mueven; la misma razón que impulsa a un vicario a reclamar en justicia un lechón por diezmo hace al otro saquear una provincia entera y derribar a cañonazos hermosas ciudades.

(Entran la DUQUESA *y* DAMAS.*)*

DUQUESA

Vuestro brazo, Antonio; ¿verdad que estoy más gruesa? En seguida pierdo el aliento. Bosola, quisiera que me preparaseis una litera igual a aquella en que viajaba la duquesa de Florencia.

BOSOLA

La duquesa la usaba sólo cuando estaba muy adelantada en su embarazo

DUQUESA

Así era, de fijo... *(A una doncella.)* Ven acá: arréglame la gorguera. Vamos, aquí; eres pesadísima; el aliento te huele a pastillas de limón. ¿No acabas? Me voy a desmayar si me sigues tocando. ¡Me molesta tanto el mal de madre!

BOSOLA

(Aparte.) Harto lo temo.

DUQUESA

Os he oído decir que allí, en Francia, los cortesanos están cubiertos delante del rey.

ANTONIO

Así los he visto.

DUQUESA

¿Y en su cámara?

ANTONIO

Sí.

DUQUESA

¿Por qué no adoptamos esa moda? Más ceremonia que deber hay en quitarme un pedazo de fieltro; dad vos ejemplo a toda la corte; sed el primero en cubriros.

ANTONIO

Perdonad; en países más fríos que Francia vi a los nobles destocados ante el príncipe, y la distinción me pareció reverente.

BOSOLA

Tengo un presente para vuestra gracia.

DUQUESA

¿Para mí, señor?

BOSOLA

Unos albaricoques, señora.

DUQUESA

¡Ay!, ¿dónde están? No sabía que los hubiese aún este año.

BOSOLA. *(Aparte.)*

¡Bueno! ¡Se le anima el color!

DUQUESA

Os lo agradezco de veras; son admirablemente hermosos. ¡Qué torpe es nuestro jardinero! En todo el mes no los tendremos todavía.

BOSOLA

¿No quiere vuestra gracia probarlos?

DUQUESA

No; me parece que saben a almizcle; sí, a eso saben.

BOSOLA

Creo que no; me gustaría que los mondase vuestra gracia.

DUQUESA

¿Por qué?

BOSOLA

Se me olvidó deciros que el pillastre del jardinero, para sacarles provecho más pronto, los maduró entre estiércol.

DUQUESA

¡Bah! Estáis de broma. Juzgad vos; os ruego que probéis uno.

ANTONIO

A decir verdad, señora, no me agrada esa fruta.

DUQUESA

No queréis, para no privarnos de nuestras golosinas; es fruta delicada; dicen que alimenta.

BOSOLA

Es muy bonito arte el del injerto.

DUQUESA

Sí; mejora su condición natural.

BOSOLA

Convierte la manzana silvestre en camuesa y en ciruela el endrino. *(Aparte.)* ¡Con qué avidez

se los come! ¡Así se llevara un torbellino esos guardainfantes alcahuetes! A no ser por él y por el corpiño suelto, ya habría descubierto yo al arrapiezo que da volteretas en su barriga.

DUQUESA

Gracias, Bosola; son bonísimos, si no me sientan mal.

ANTONIO

¿Cómo, señora?

DUQUESA

Esta fruta verde y mi estómago no son amigos. ¡Cómo se hinchan!

BOSOLA. *(Aparte.)*

¡Sí, bastante hinchada estás tú!

DUQUESA

¡Ay, me entra un sudor muy frío!

BOSOLA

¡Cuánto siento!...

DUQUESA

¡Luces a mi aposento! ¡Oh, buen Antonio, estoy deshecha!

(Vanse la DUQUESA *y* DAMAS. *Vase por el lado opuesto* BOSOLA.)

ANTONIO

¡Oh, mi fidelísimo Delio, estamos perdidos! Creo que viene el parto y no nos queda tiempo para alejarla.

DELIO

¿Habéis preparado a las damas para que la asistan y prevenido en secreto el coche para la partera, como la duquesa pensó?

ANTONIO

Sí.

DELIO

Aprovechaos entonces de la ocasión forzada; corred la voz de que Bosola la ha envenenado con esos albaricoques; esto dará algún color a su prolongado retiro.

ANTONIO

Nada de eso; los médicos acudirían a su lado.

DELIO

Para evitarlo, podéis alegar que ha de valerse de cierto antídoto preparado por ella misma, no la envenenen más los médicos.

ANTONIO

Estoy aturdido; no sé qué partido tomar *(Vanse.)*

ESCENA II

Un salón del mismo palacio.

(Entra BOSOLA.*)*

BOSOLA

Vaya, vaya; no cabe duda de que su malhumor y su avidez al comerse los albaricoques son signos manifiestos de embarazo.

(Entra la DUEÑA.*)*

¿Adónde vais?

DUEÑA

Tengo prisa, señor.

BOSOLA

Había una doncella de servicio que tenía unas ganas horrorosas de ver la fábrica de vidrio...

DUEÑA

Vamos, déjeme, se lo ruego.

BOSOLA

Y sólo era para ver ese extraño instrumento que hincha el vidrio como el vientre de una mujer.

DUEÑA

No me importa nada la fábrica de vidrio. ¿Seguís burlándoos de las mujeres?

BOSOLA

¿Quién, yo? De ningún modo; no hago más que mencionar vuestras debilidades. El naranjo da fruta madura y verde y echa flor al mismo tiempo; y muchas de vosotras dais acogida al amor puro, y mejor todavía al que da un premio más estimado. La primavera lasciva huele bien; pero el otoño húmedo sabe bien. Si hay todavía entre nosotros lluvia de oro como la que caía en tiempos de Júpiter tonante, también hay aún entre vosotras Dánaes como aquellas que tienden la falda a recibirla. ¿Estudiasteis vos matemáticas?

DUEÑA

¿Qué es eso, señor?

BOSOLA

Pues consiste en saber el modo de que muchas líneas se encuentren en un centro. Ande, ande a dar buenos ejemplos a sus hijas de leche; decidles que el diablo se goza en colgarse de un cinturón de mujer, como falso reloj enmohecido, para que no sepan cómo va pasando el tiempo. *(Vase la dueña.)*

(Entran ANTONIO, RODRIGO *y* GRISOLANO.)

ANTONIO

Cerrad las puertas del patio.

RODRIGO

¿Qué ocurre, señor? ¿Qué peligro nos amenaza?

ANTONIO

Cerrad ahora todas las puertas traseras y llamad a toda la servidumbre.

GRISOLANO

Al punto voy. *(Vase.)*

ANTONIO

¿Quién tiene la llave de la puerta del parque?

RODRIGO

Forobosco.

ANTONIO

Que la traigan en seguida.

(Vuelven a entrar GRISOLANO *y* CRIADOS.*)*

CRIADO PRIMERO

¡Oh, señor mayordomo, qué vil traición!

BOSOLA

(Aparte.) ¿Estarían tal vez envenenados, sin saberlo yo, esos albaricoques?

CRIADO PRIMERO

Acaban de encontrar a un suizo en el dormitorio de la duquesa.

CRIADO SEGUNDO

¡A un suizo!

CRIADO PRIMERO

Con una pistola en la bragueta.

BOSOLA

¡Ja, ja, ja!

CRIADO PRIMERO

La bragueta le servía de funda.

CRIADO SEGUNDO

Era un redomado traidor. ¿Quién iba a registrar la bragueta?

CRIADO PRIMERO

Verdad, si no hubiera entrado en los cuartos de las damas; sus botones eran balas de plomo.

CRIADO SEGUNDO

¡Ah, malvado, caníbal! Un arma de fuego en la bragueta...

CRIADO PRIMERO

Es una conspiración de los franceses, por vida mía.

CRIADO SEGUNDO

¡Lo que hace el diablo!

ANTONIO

¿Está toda la servidumbre?

CRIADOS

Todos estamos.

ANTONIO

Señores, ya sabéis que se ha perdido mucha vajilla de plata; pero esta noche han faltado del escritorio de la duquesa joyas por valor de cuatro mil ducados. ¿Están cerradas las puertas?

CRIADOS

Sí.

ANTONIO

Es voluntad de la duquesa que cada cual se encierre en su habitación hasta el amanecer, y que se lleven las llaves de todos los cofres y de todas las puertas exteriores a su dormitorio. Está enferma de cuidado.

RODRIGO

Se hará como quiere.

ANTONIO

Os pide que no lo toméis a mal; el que sea inocente ganará confianza con ello.

BOSOLA

Caballeros de la leñera, ¿dónde está vuestro suizo?

CRIADO PRIMERO

Por esta mano, un marmitón lo contó como si fuese verdad.

(Vanse, excepto ANTONIO *y* DELIO.)

DELIO

¿Cómo está la duquesa?

ANTONIO

Está expuesta a los peores tormentos, dolores y miedos.

DELIO

Tratad de darle calma y consuelo.

ANTONIO

¡Cómo me desentiendo de mi propio peligro! Esta misma noche, querido amigo, saldréis para Roma; mi vida queda a vuestro servicio.

DELIO

De mí no dudéis.

ANTONIO

Nada más lejos de mi ánimo; con todo, el temor me presenta algo semejante al peligro.

DELIO

Creedlo, es la sombra del temor y nada más; ¡cuán supersticiosa para el mal es nuestra mente! Verter la sal, ver cruzar a una liebre el camino, echar sangre por la nariz, el tropezar de un caballo, el canto de un grillo, basta para acobardarnos del todo. Adiós, señor; os deseo todas las alegrías de un dichoso padre; y por mi fe guardad

esto en el corazón: los amigos viejos, como las espadas viejas, son los más de fiar. *(Vase.)*

(Entra CARIOLA.)

CARIOLA

Señor, sois padre feliz de un niño; vuestra esposa os lo encomienda.

ANTONIO

¡Bendito consuelo! Por el amor del cielo, cuidadla bien. Voy ahora mismo a trazar un horóscopo de su nacimiento.

ESCENA III

Patio en el mismo palacio.

(Entra BOSOLA *con linterna sorda.)*

BOSOLA

Estoy seguro de que oí gritar a una mujer: scuchemos. El sonido venía, si oí bien, de las haitaciones de la duquesa. Alguna treta se escone en ese encierro de toda la servidumbre; cada ual en su cuarto; yo he de saberlo: si no, será ue el entendimiento se me hiela. ¡Escuchemos ra vez! Quizá es el ave de la melancolía, el mer amigo del silencio y de la soledad, la lechuza, uien así gritó: ¡Ay, Antonio!

(Entra ANTONIO.)

ANTONIO

Escuché ruido. ¿Quién anda ahí? ¿Quién eres? ¡Habla!

BOSOLA

Antonio, no deis a vuestra cara y aspecto tan forzada expresión medrosa; soy yo, Bosola, vuestro amigo.

ANTONIO

¡Bosola! *(Aparte.)* Este topo me está minando el terreno. ¿No oísteis ruido hace poco?

BOSOLA

¿De dónde?

ANTONIO

De las habitaciones de la duquesa.

BOSOLA

No; ¿y vos?

ANTONIO

Yo sí, o quizá lo he soñado.

BOSOLA

Vamos allá.

ANTONIO

No; acaso no era más que el ruido del viento.

BOSOLA

Bien puede ser. Pero me parece que hace mucho frío y estáis sudando; tenéis cara de asustado.

ANTONIO

Estaba haciendo un horóscopo de las joyas de la duquesa.

BOSOLA

¿Y cómo va la investigación? ¿Os parece atinada?

ANTONIO

¿Y qué os importa? Más propio será que se os pregunte con qué designio, cuando a todos se les ha mandado permanecer en su cuarto, andáis así a obscuras.

BOSOLA

Os lo diré, en verdad. Ahora que toda la corte duerme, pensé que el diablo tendría poco que hacer aquí, y salí a rezar mis oraciones, y si os ofende que así lo haga, buen cortesano sois.

ANTONIO

(Aparte.) Este hombre va a perderme. Hoy disteis unos albaricoques a la duquesa; ¡pedidle al cielo que no estén envenenados!

BOSOLA

¡Envenenados! ¡Una higa se me da semejante mputación!

ANTONIO

Los traidores son siempre confiados hasta que e ven descubiertos. Han robado unas joyas; en mi concepto, de nadie hay que sospechar más que de vos.

BOSOLA

Sois un falso mayordomo.

ANTONIO

Esclavo respondón, voy a arrancarte de raíz.

BOSOLA

Cuidado no os destroce mi caída.

ANTONIO

Sois, verdaderamente, una sierpe descarada, señor mío; ¿aún no os calientan y ya enseñáis el aguijón? Bien calumniáis.

BOSOLA

No, señor; mandad que copien mis palabras y apuesto mi mano.

ANTONIO

(Aparte.) Estoy echando sangre por la nariz. El que fuere supersticioso lo tomaría a mal augurio, siendo pura casualidad; dos papeles escritos por mí están llenos de sangre. ¡Mero accidente! En cuanto a vos, señor mío, daré orden para que por la mañana estéis bien seguro. *(Aparte.)* Esto ha de encubrir el parto. Señor mío, no paséis de esta puerta, no creo conveniente que os acerquéis a las habitaciones de la duquesa hasta

que estéis libre de sospecha. *(Aparte.)* Grandes y viles son parecidos cuando tratan de ocultar la vergüenza por medios vergonzosos. *(Vase.)*

BOSOLA

Antonio dejó caer por aquí un papel... Dame tu ayuda, falso amigo. *(Por la linterna.)* ¡Ah, aquí está! ¿Qué es esto? ¡El horóscopo de un recién nacido! *(Lee.)* "La duquesa dió a luz un hijo, entre doce y una de la noche, anno Domini 1504" —este año— —décimo nono decembris—esta noche—según el meridiano de Malfi—a nuestra duquesa se refiere; ¡dichoso hallazgo! El señor de la primera casilla quemado en Levante significa vida corta; y Marte en signo humano junto a la cola del dragón, en la octava casilla, amenaza muerte violenta. *Cetera non scrutantur.* Pues esto ya está claro; este sujeto es alcahuete de la duquesa. ¡Me sale a medida del deseo! Esta es una parte de la trama que nuestros cortesanos querían ocultar; tiene que venir luego el encarcelarme so pretexto de haber querido envenenarla: y he de sufrirlo, para reír. ¡Si ahora se pudiera dar con el padre. ¡Pero el tiempo lo descubrirá! El viejo Castruccio saldrá para Roma por la mañana; con él he de enviar una carta que le saque la hiel de los hígados a los hermanos. Bien estaba la treta. Aunque se enmascare la lujuria con disfraz más extraño que nunca, podrá parecer ingeniosa, pero nunca es prudente. *(Vase.)*

ESCENA IV

Roma.—Aposento en el palacio del cardenal.

(*Entran el* CARDENAL *y* JULIA.)

CARDENAL

Siéntate; realizas mis mejores deseos. Dime, te lo suplico: ¿qué treta inventaste para venir a Roma sin tu esposo?

JULIA

Pues le dije, señor, que venía a visitar aquí a un viejo anacoreta de quien soy devota.

CARDENAL

Tienes gracia para engañar...; quiero decir, a él.

JULIA

Me habéis convencido hasta un punto que nunca pensé; no quisiera veros ahora inconstante.

CARDENAL

No te des tan voluntario tormento, mayor que tu misma culpa.

JULIA

¿Cómo, señor?

CARDENAL

Temes por mi constancia, puesto que has sentido esos vertiginosos y fieros cambios en ti misma.

JULIA

¿Siempre los visteis?

CARDENAL

En verdad, con la generalidad de mujeres, antes odría un hombre intentar volver el vidrio maeable que a ellas constantes.

JULIA

Así es, señor.

CARDENAL

Necesitaríamos que nos prestaran ese cristal antástico que inventó Galileo el Florentino (1) ara mirar otro mundo espacioso en la luna, y uscar allí una mujer constante.

JULIA

Decís muy bien, señor.

CARDENAL

¿Por qué lloras? ¿Buscas justificación en las grimas? Esas mismas lágrimas dejaréis caer en pecho de vuestro marido, señora, protestando a itos de que le amáis por encima del mundo ente. Venid, he de amaros prudentemente, es decir, n celos; así estoy seguro de que no me haréis rnudo.

JULIA

A casa me vuelvo con mi esposo.

---

1) El telescopio que exhibió en Venecia el año 1609.

CARDENAL

Debéis darme gracias, señora, pues os saqué de vuestra melancólica alcándara, os llevé en el puño y os enseñé el arte de la caza, echándoos a volar. Bésame, te lo suplico. Cuando estabas con tu esposo, te cuidaba como a un elefante domesticado. Todavía tienes que darme gracias. No te daba más que besos y buenas comidas; pero ¿qué gozo había en ello? Era como quien tiene un laúd sin habilidad para tocarlo; no le saca una nota. Todavía tienes que darme gracias.

JULIA

Me hablasteis de una lastimosa herida en el corazón, de un hígado enfermo, para cortejarme, hablando como quien está enfermo.

CARDENAL

¿Qué ocurre?...

(Entra un CRIADO.*)*

Estate tranquila, porque mi cariño hacia ti, relampagueando, avanza poco a poco.

CRIADO

Señora, un caballero que viene de Malfi desea veros.

CARDENAL

Que pase; yo me retiro. *(Vase.)*

CRIADO

Dice que vuestro esposo, el viejo Castruccio, ha venido a Roma y está lastimosamente cansado del viaje. *(Vase.)*

(Entra DELIO.)

JULIA

(Aparte.) ¡El señor Delio! Fué uno de mis antiguos pretendientes.

DELIO

He osado venir a veros.

JULIA

Bien venido seáis, señor.

DELIO

¿Vivís en esta casa?

JULIA

Ciertamente, vuestra experiencia no os ayuda; nuestros prelados romanos no dan hospedaje a las damas.

DELIO

Muy bien; no os traje recado ninguno de vuestro esposo, porque nada me dijo.

JULIA

He oído decir que ha venido a Roma.

DELIO

Jamás conocí hombre y animal, caballo y caballero más cansados el uno del otro; si él hubiese tenido buenas espaldas, habría preferido llevar a cuestas al caballo: tan lleno de mataduras lamentables tenía el trasero.

JULIA

Vuestra risa es lástima para mí.

DELIO

Señora, no sé si necesitáis dinero, pero alguno os he traído.

JULIA

¿De parte de mi esposo?

DELIO

No, de la mía.

JULIA

Deseo saber con qué condiciones he de tomarlo.

DELIO

Miradlo, es oro; ¿no tiene bello color?

JULIA

Un pájaro tengo yo más hermoso.

DELIO

Probad a ver cómo suena.

JULIA

Mejor suenan las cuerdas de un laúd, y no huele como la casia o la algalia, ni es medicinal, aunque haya doctores amables que nos persuaden para que lo echemos a hervir en el caldo. Os digo que es criatura engendrada por...

(Vuelve a entrar el CRIADO.)

CRIADO

Ha llegado vuestro esposo, y ha entregado al duque de Calabria una carta que, a mi parecer, le ha puesto fuera de sí. *(Vase.)*

JULIA

Ya lo oís, señor; os ruego que me comuniquéis vuestra pretensión y súplica lo más brevemente que podáis.

DELIO

Francamente: desearía que vos, puesto que estáis separada de vuestro marido, fueseis mi querida.

JULIA

Señor mío, voy a preguntar a mi esposo si puede ser, y vengo en seguida a daros la respuesta. *(Vase.)*

DELIO

¡Muy bonito! ¿Es su ingenio o su honestidad la que así hablan? He oído decir que al duque le

conmovió en extremo la carta que recibió de Malfi. Temo una traición para Antonio. ¡Cuán terrible parece ahora su ambición! ¡Oh, fortuna infortunada! Salva torbellinos y evita males hondos quien pesa las consecuencias antes de ejecutar un acto. *(Vase.)*

ESCENA V

Otro aposento en el mismo palacio.

(Entran el CARDENAL *y* FERNANDO, *con una carta.)*

FERNANDO

Esta noche he arrancado una mandrágora.

CARDENAL

¿Qué decís?

FERNANDO

Y me ha vuelto loco.

CARDENAL

¿Qué prodigio es ése?

FERNANDO

Leed esto... Maldita hermana; ha perdido todo freno, es una ramera declarada.

CARDENAL

Hablad más bajo.

FERNANDO

¡Más bajo! Los bribones ya no lo cuchichean, sino que tratan de publicarlo a gritos como los criados con las liberalidades de sus amos; y con ojos de escrutadora codicia indican que lo han advertido. ¡Ah, confundida sea! Más redomados alcahuetes habrá tenido para que la sirvan, y más seguras proporciones de lascivia, que las ciudades tienen guarnición para su defensa.

CARDENAL

¿Es posible? ¿Será esto verdad?

FERNANDO

¡Ruibarbo, oh, ruibarbo que purgue esta cólera! ¡Este maldito día quiero grabarlo en mi memoria; y ha de estar clavado aquí hasta que de su ensangrentado corazón haga esponja para borrarlo.

CARDENAL

¿Por qué desatáis en vos mismo tan fiera tempestad?

FERNANDO

Quisiera ser capaz de sacudir su palacio, desarraigar sus hermosos bosques, asolar sus praderas y dejar su territorio entero tan devastado como ella su honor.

CARDENAL

¿Sufrirá tal afrenta nuestra sangre, la sangre real de Aragón y de Castilla?

FERNANDO

Apliquemos remedios heroicos: no hemos de emplear ya bálsamo, sino fuego, ventosas que escuezan, único medio de purgar la infecta sangre, esa sangre suya. Algo de piedad queda en mis ojos; quiero dársela a mi pañuelo; y ya que está aquí, se lo legaré a su bastardo.

CARDENAL

¿Para qué?

FERNANDO

Para que lo conviertan en blandas hilas para las heridas de su madre cuando yo la haya descuartizado.

CARDENAL

¡Maldita criatura! ¡Injusta naturaleza que pone el corazón de las mujeres tan lejos del costado izquierdo!

FERNANDO

¡Necios hombres que van siempre a confiar su honor a una barca hecha de juncos tan ligeros y débiles como la mujer, llamada a hundirse a cada minuto!

CARDENAL

Así, la ignorancia, cuando ha comprado el honor, no sabe manejarlo.

FERNANDO

Me parece que la veo reír, ¡oh, hiena admirable! Háblame en seguida de algo, o va a llevar-

me la imaginación a verla en el vergonzoso acto del pecado.

CARDENAL

¿Con quién?

FERNANDO

Acaso con algún barquero de fuertes muslos, o con un leñador de los que tiran el tejo o lanzan la barra, o si no, con algún amable escudero que lleve el carbón a sus habitaciones privadas.

CARDENAL

Desvariáis.

FERNANDO

¡Anda, manceba; no será tu leche de ramera la que me apague el sarpullido, sino tu sangre de ramera!

CARDENAL

¡Cuán inútil esa rabia que os arrastra, como a hombre arrebatado a los aires por brujas, en su violento torbellino! Ese vocear destemplado parece discurso chillón de sordo, que habla a gritos pensando que los demás tienen su mismo defecto!

FERNANDO

¿No tenéis vos mi perlesía?

CARDENAL

Sí; pero estoy irritado sin ese arrebato; no es natural lo que así deforma al hombre bestialmente como la destemplada cólera. Reportaos. Muchos hombres hay que jamás expresaron su vivo deseo

de tranquilidad más que por la inquietud, por la propia vejación. Ea, recobraos ya.

FERNANDO

Trataré de aparentar lo que no soy. Quisiera poder matarla ahora mismo en vos o en mí; porque pienso que hay en nosotros algún pecado que el cielo quiere vengar por medio de ella.

CARDENAL

¿Estáis loco de remate?

FERNANDO

Quisiera quemar sus cuerpos en una carbonera con el respiradero tapado para que su maldito humo no subiese al cielo, o empapar en pez o azufre las sábanas en que yacen, envolverlos en ellas y prenderles fuego como a un fósforo, o convertir en caldo a su bastardo y dárselo al padre lujurioso para renovar el pecado de sus lomos.

CARDENAL

Os dejo.

FERNANDO

No, ya me callo. Creo que si yo estuviese condenado en el infierno y me lo contaran, me entraría un sudor frío. Vamos, vamos, quiero dormir. No descansaré mientras no sepa quién goza a mi hermana; cuando lo sepa, yo encontraré escorpiones para cuerdas de mi látigo y sabré hundirla en eclipse total. *(Vanse.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Malfi.—Aposento en el palacio de la duquesa.

(*Entran* ANTONIO *y* DELIO.)

ANTONIO

¡Noble amigo, amadísimo Delio! Largo tiempo estuvisteis alejado de la corte. ¿Vinisteis ahora con don Fernando?

DELIO

Con él vine, señor. ¿Cómo está vuestra noble esposa, la duquesa?

ANTONIO

Muy bien, por fortuna; es provisora excelente de árboles genealógicos; desde la última vez que la visteis, dos hijos más ha tenido: niño y niña.

DELIO

Me parece que fué ayer; si entorno los ojos y no os miro fijamente a la cara, que, en mi opinión, os hace un poco más grueso, me parece en verdad es-

tar soñando, y creo que todo pasó hace media hora.

ANTONIO

No habéis andado entre pleitos, Delio amigo, ni habéis estado en la cárcel, ni fuisteis pretendiente en corte, ni aspirasteis a suceder en su empleo a un gran personaje, ni sufristeis impertinencias de mujer vieja, que tan insensiblemente apresuran el tiempo.

DELIO

Pero decidme, os lo ruego: ¿No han llegado las noticias a oídos del señor cardenal?

ANTONIO

Temo que sí; don Fernando, que acaba de venir a la corte, observa conducta muy sospechosa.

DELIO

¿Cómo así?

ANTONIO

Tan tranquilo está, que parece dormido en medio de una tormenta como marmota en invierno; las casas embrujadas son las que parecen más pacíficas; pero el diablo anda por dentro.

DELIO

Y la gente, ¿qué dice?

ANTONIO

La gentuza no se recata para motejarla de ramera.

DELIO

Y los hombres graves que se las dan de políticos, ¿qué censuran?

ANTONIO

Observan que mis ganancias, por la mano izquierda, van en aumento, y suponen que la duquesa lo enmendaría si le fuera posible; porque dicen que los grandes príncipes, aunque vean con malos ojos a sus empleados con muy amplios e ilimitados poderes medrar a su sombra, no han de quejarse, como aquellos no se hagan odiosos al pueblo: nunca pensaron que pudiese haber otras exigencias de amor o matrimonio entre ella y yo.

DELIO

Ya se retira don Fernando.

(Entran la DUQUESA, FERNANDO *y servidumbre.)*

FERNANDO

Voy a acostarme en seguida; estoy cansado. Os estoy buscando marido.

DUQUESA

¡A mí, señor! ¿Y en quién pensasteis? Decídnelo

FERNANDO

En el noble conde Malatesti.

DUQUESA

¡Qué horror! ¡Un conde! ¡Si es una vara de azúcar candi! ¡Se transparenta todo! Cuando busque marido, lo buscaré que os honre.

FERNANDO

Bien haréis en ello. ¿Qué hay, digno Antonio?

DUQUESA

Señor, necesito tener una conversación privada con vos a propósito de ciertos rumores escandalosos que se han extendido tocantes a mi decoro.

FERNANDO

Permitidme que me haga el sordo: una bala de papel de Pasquino, una burla cortesana, vientos pestíferos de que rara vez están exentos los palacios de los príncipes. Aunque me dijesen que era verdad, yo la vertería en vuestro pecho y hallaría en mi constante amor seria excusa, aminorando, no, negando, las faltas que en vos aparecieron. Id segura con vuestra inocencia.

DUQUESA

(Aparte.) ¡Oh, bendito consuelo! Saneado está ese aire mortífero.

(Vanse la DUQUESA, ANTONIO, DELIO *y servidumbre.)*

FERNANDO

Su culpa camina sobre púas ardientes.

(*Entra* BOSOLA.)

Vamos a ver, Bosola, ¿qué progresos hace vuestro espionaje?

BOSOLA

Inseguros, señor; se murmura que ha tenido tres bastardos; pero de quién, hay que preguntárselo a las estrellas.

FERNANDO

Pues algunos opinan que allí todo está escrito.

BOSOLA

Sí, con tal que encontremos lentes para poder eerlo. Sospecho que se ha empleado alguna hehicería contra la duquesa.

FERNANDO

¿Hechicería? ¿Y con qué propósito?

BOSOLA

Para enamoriscarla de algún malnacido a quien e avergüenza en reconocer.

FERNANDO

¿Admitiría tu fe la creencia de que pociones o ncantos pueden obligarnos a amar, queramos no?

BOSOLA

Con toda certeza.

FERNANDO

¡Bah! ¡Esas son quimeras, horrores inventados por algún charlatán mentiroso para engañarnos! ¿Piensas que hierbas o encantamientos puedan mover la voluntad? Alguna vez se intentó práctica tan desatinada; pero los ingredientes eran venenos dañinos cuya fuerza enloquecía al paciente; y la bruja, sin vacilar, juraba que se había enamorado. La brujería está en su sangre corrompida. Esta noche he de arrancarle una confesión. Me dijiste que hace dos días te apoderaste de una llave falsa de su dormitorio.

BOSOLA

La tengo.

FERNANDO

Dámela, pues.

BOSOLA

¿Qué os proponéis hacer?

FERNANDO

¿No adivinas?

BOSOLA

No.

FERNANDO

Pues no preguntes: el que me comprenda y c

nozca mis móviles dirá que puse cinturón al mundo y sondeé todas sus arenas movedizas.

BOSOLA

Yo no lo creo así.

FERNANDO

¿Y qué crees tú? Dímelo.

BOSOLA

Que sois demasiado cronista de vos mismo y os halagáis sobremanera.

FERNANDO

Dame la mano; te lo agradezco, nunca pensioné más que aduladores hasta que te mantuve. Adiós. Sólo es capaz de impedir la ruina de un hombre grande el amigo que le echa en cara sus defectos. *(Vanse.)*

ESCENA II

El dormitorio de la duquesa.

(Entran la DUQUESA, ANTONIO *y* CARIOLA.)

DUQUESA

Tráeme la arquilla y el espejo. No paséis hoy aquí la noche, mi dueño.

ANTONIO

En verdad, tengo que persuadiros...

DUQUESA

¡Muy bien! Espero que llegará día en que los caballeros, en gorro de dormir, vengan a solicitar de rodillas que su mujer les dé asilo por una noche.

ANTONIO

Debo dormir aquí.

DUQUESA

¡Debo! Sois hombre sin gobierno.

ANTONIO

A la verdad, mi gobierno dura lo que la noche.

DUQUESA

¿Y qué vais a hacer conmigo?

ANTONIO

Dormir a vuestro lado.

DUQUESA

¡Vaya! ¿Qué placer hallarán dos amantes en el sueño?

CARIOLA

Señor, a menudo duermo yo con ella, y sé que os va a inquietar mucho.

DUQUESA

Ya lo veis: seréis digno de lástima.

CARIOLA

Para compañera de cama se mueve demasiado.

ANTONIO

Más la he de querer así.

CARIOLA

Señor, ¿puedo haceros una pregunta?

ANTONIO

Sí, pregúntame, Cariola.

CARIOLA

¿Por qué cuando dormís con mi señora os levantáis tan temprano?

ANTONIO

Los hombres que trabajan y consultan a menudo el reloj, Cariola, se alegran cuando su quehacer termina.

DUQUESA

Voy a taparte la boca. *(Le besa.)*

ANTONIO

¿Uno nada más? Venus tuvo dos dulces palomas que arrastraran su carro; necesito otro. *(Le besa otra vez.)* ¿Cuándo te casas, Cariola?

CARIOLA

Nunca, señor.

ANTONIO

¡Bah! ¡Malhaya la vida de soledad! Déjala. De Dafne leemos que por su fuga zahareña se convirtió en árbol que da baya y no fruto. Siringa fué transformada en pálida caña hueca; Anaxárete se volvió helado mármol; mientras que a las que se casaron o fueron amables con sus enamorados, aquel gracioso impulso les hizo ser olivo, granado, morera, flores, piedras preciosas o estrellas eminentes.

CARIOLA

Vana poesía es todo eso; pero decidme, por favor, si me diesen a escoger, en tres mancebos distintos, sabiduría, riqueza o hermosura, ¿qué debería yo preferir?

ANTONIO

Difícil es el caso: en tal aprieto se vió París, y anduvo a ciegas y ocasionó gran perturbación; porque, ¿cómo era posible que juzgase rectamente si tenía delante tres diosas enamoradas y completamente desnudas? Era para quitar el sueño al más severo letrado de Europa. Ahora que a las dos os veo tan bien formadas de rostro, me acude a la mente una pregunta que quisiera haceros.

CARIOLA

¿Cuál es?

ANTONIO

Quisiera saber por qué las damas tan poco agraciadas, en su mayor parte, tienen a su servicio doncellas menos agraciadas aún, sin que puedan soportarlas hermosas.

DUQUESA

Fácil es la contestación. ¿Visteis jamás que un mal pintor quisiera vivir al lado del estudio de un pintor excelente? Aquello desacreditaría su habilidad y le dejaría arruinado. Pero dime: ¿cuándo estuvimos tan contentos? Tengo el pelo muy enredado.

ANTONIO

Haz el favor, Cariola, salgamos de la habitación y dejémosla que hable sola; más de una vez lo hice así, cuando la veía irritada en extremo. Me agrada verla colérica. Despacio, Cariola.

(*Vanse* ANTONIO *y* CARIOLA.)

DUQUESA

¿No empieza a mudárseme el color del pelo? Cuando tenga canas haré que toda la corte lleve el cabello empolvado para que se parezca a mí. Razón tenéis para quererme: os metí dentro de mi corazón antes de que me pidierais las llaves.

(*Entra* FERNANDO *por el fondo.*)

Un día nos cogerán desprevenidos mis herma-

nos; quizá su presencia actual en la corte os fuerce a quedaros en vuestro lecho; pero vos decís que amor mezclado con temor es más dulce. Yo os fío que no habéis de tener más hijos hasta que mis hermanos consientan en ser compadres vuestros. ¿Habéis perdido el uso de la palabra? Enhorabuena; sabed que si estoy destinada a vivir o a morir ha de ser a lo príncipe.

FERNANDO

¡Pues a morir ahora mismo! *(Le da un puñal.)* Virtud, ¿en dónde te ocultas? ¿Qué horror es el que te eclipsa?

DUQUESA

Señor, os ruego que me escuchéis.

FERNANDO

¿O eres, en verdad, nombre vano y no cosa esencial?

DUQUESA

Señor...

FERNANDO

No habléis.

DUQUESA

Señor, no; he de poner el alma en los oídos para escucharos.

FERNANDO

¡Oh, luz imperfectísima de la razón humana, que tan desgraciados nos haces al predecir lo que

no se puede evitar! Sigue con tus deseos y gózate en ellos; no hay más consuelo en la vergüenza que el de pasar todo límite y perder todo sentimiento de pudor.

DUQUESA

Os ruego que me escuchéis, señor; estoy casada.

FERNANDO

¡Cómo!

DUQUESA

Quizá no a gusto vuestro. ¡Ay! ¿Y por no ser así cortaríais ahora despiadadamente con vuestras tijeras las alas al pájaro que ya voló? ¿Queréis ver a mi esposo?

FERNANDO

Sí, si es que puedo mirar a un basilisco.

DUQUESA

De seguro entrasteis aquí por complicidad suya.

FERNANDO

El aullido del lobo es música para ti, lechuza. Ten calma, te lo ruego. Quienquiera que seas tú, gozador de mi hermana, pues cierto estoy de que me escuchas, por ti mismo te pido que no te des a conocer. Vine preparado a descubrirte; ahora estoy persuadido de que el efecto sería tan violento que nos condenaríamos ambos. Ni por diez millones quisiera verte; pon, pues, todos los medios

para que nunca llegue a saber tu nombre; goza así de tu lascivia y de una vida miserable con esta condición. Y tú, vil mujer, si quieres que tu jayán envejezca en tus brazos, yo he de construirte una morada como aquellas en que llevan más santa vida los anacoretas. Que no le dé la luz del sol hasta la muerte; que sólo hablen con él perros y monos y esos seres mudos a quienes la Naturaleza niega voz para proferir su nombre; no haya loro a quien pueda enseñárselo. Si le quieres, córtate la lengua para que ella no lo descubra.

DUQUESA

¿Por qué no he de casarme? Al hacerlo no he creado ningún nuevo mundo o costumbre.

FERNANDO

Perdida estás; y has envuelto mi corazón en la pesada sábana de plomo que cubre los huesos de tu marido.

DUQUESA

Y el mío está echando sangre.

FERNANDO

¡El tuyo! ¡Tu corazón! ¿Qué puede ser sino una bala hueca llena de ardor inextinguible?

DUQUESA

Eres demasiado riguroso; si no fueras el prín-

cipe, mi hermano, te llamaría soberbio; mi honor está a salvo.

FERNANDO

¿Sabes lo que es honor? Yo te lo diré, aunque de nada sirva, puesto que es tarde ya. Una vez el Honor quiso viajar por el mundo al mismo tiempo que el Amor y la Muerte; y acordaron ponerse en camino, cada cual por el suyo. La Muerte les dijo que la encontrarían en las batallas campales o en las ciudades con azote de plaga; el Amor hubo de advertirles que le buscaran entre desinteresados pastores, allí donde no se habla de dote, y quizá entre pacíficos parientes que nada heredaron a la muerte de los suyos. "Deteneos—les dijo el Honor—, no me abandonéis; porque está en mi naturaleza que si una vez me aparto de un hombre, ya nunca más he de encontrarle." Así ha de ser contigo: te despediste del honor, y no has de verle más. Así, pues, adiós; ya nunca más quiero verte.

DUQUESA

¿Por qué sólo yo, entre todos los príncipes del mundo, he de estar encerrada como santa reliquia? Soy joven y no me falta hermosura.

FERNANDO

Vírgenes hay también que son brujas; ya nunca más quiero verte. *(Vase.)*

(Vuelve a entrar ANTONIO, *con una pistola en la mano, y* CARIOLA.)

DUQUESA

¿Visteis la aparición?

ANTONIO

Sí; nos han traicionado. ¿Cómo pudo entrar? En ti debiera yo emplear esta pistola.

CARIOLA

Hacedlo, señor, os lo suplico; y cuando me hayáis partido el corazón, leeréis en él mi inocencia.

DUQUESA

Por aquella galería entró.

ANTONIO

Quisiera que otra vez ocurriese el terrible suceso para declarar puesto en guardia mi legítimo amor. *(La* DUQUESA *enseña el puñal.)* ¡Oh! ¿Qué significa eso?

DUQUESA

Esto me dejó.

ANTONIO

Y al parecer, desea que lo empleéis en vos misma.

DUQUESA

Así lo denotaba su actitud.

ANTONIO

Mango y punta tiene; volvedlo hacia él y clá-

vese la aguda punta en el apestado hígado. *(Llaman dentro.)* ¿Quién viene ahora? ¿Quién llama? ¿Otro terremoto?

DUQUESA

Estoy como si fuera a estallar una mina bajo mis pies.

CARIOLA

Es Bosola.

DUQUESA

¡Vete! ¡Oh, mísera! Quizá las acciones culpables reclamen estas máscaras y escondites, pero nosotros, no. Debes marcharte en seguida; ya lo tengo yo proyectado. *(Vase Antonio.)*

(Entra BOSOLA.)

BOSOLA

Al duque, vuestro hermano, se lo lleva un torbellino; a caballo montó, y se dirige hacia Roma.

DUQUESA

¿Tan tarde?

BOSOLA

Me dijo, cuando le tuve al estribo, que estabais perdida.

DUQUESA

En verdad, muy cerca de ello estoy.

BOSOLA

¿Por qué causa?

DUQUESA

Antonio, nuestro mayordomo, ha sido infiel para mí en las cuentas; mi hermano había salido fiador de un dinero prestado por ciertos judíos de Nápoles, y Antonio ha dejado perder la fianza.

BOSOLA

¡Qué raro! *(Aparte.)* ¡Es ladina!

DUQUESA

Y así, las letras de mi hermano han sido protestadas en Nápoles. Llamad a nuestra servidumbre.

BOSOLA

Así lo haré. *(Vase.)*

(Vuelve a entrar ANTONIO.*)*

DUQUESA

El lugar adonde tenéis que huir es Ancona; tomad allí una casa; luego os enviaré mi tesoro y mis joyas. Nuestra frágil seguridad anda con ruedas de ingenio; breves sílabas han de hacer de períodos. Ahora voy a acusaros de un crimen fingido, como el que Tasso llama *magnanima menzogna*, noble mentira, porque serviría para defender nuestro honor. ¡Cuidado, que ya vienen!

(Vuelve a entrar BOSOLA *con servidumbre.)*

ANTONIO

¿Quiere vuestra gracia escucharme?

DUQUESA

Estoy harta de vos; me habéis causado más de ɹn millón de pérdida; voy a atraer sobre mí las naldiciones del pueblo por vuestra gestión. Cuanlo llegó el examen de cuentas os fingisteis enferno hasta que os firmé el *quietus;* y aquello os lejó curado sin ayuda de doctor. Caballero, quiiera que este hombre os sirviese de ejemplo; así endréis mi favor. Dejadle, os lo ruego; hizo lo ue vosotros no os imagináis, y, así como deseo erme libre de él, entiendo que no se publique. Buscad vos fortuna en otra parte.

ANTONIO

Bien armado estoy para sufrir este golpe, así omo los hombres suelen soportar un año de esasez; no vitupero a quien lo causa, pero creed ue la necesidad de mi maligna estrella lo imone y no el capricho de mi señora. ¡Oh, inconsante y podrido sostén de la servidumbre! Es como l que, en noche de invierno, se queda mucho tiemo dormido junto a un fuego que se apaga, muy partado de él, y se levanta más frío que al charse.

DUQUESA

Os confiscamos, hasta la satisfacción de vuestras ɹentas, todos vuestros haberes.

ANTONIO

Todo soy vuestro, y es justo que lo sea también ɹanto tengo.

DUQUESA

Así, señor, podéis marcharos.

ANTONIO

Ya veis, caballeros, lo que es servir a un príncipe en cuerpo y en alma. *(Vase.)*

BOSOLA

He aquí un escarmiento de ladrones; la humedad que sale del mar cuando llega el mal tiempo, en lluvia vuelve al mar otra vez.

DUQUESA

Quisiera saber lo que opináis de este Antonio.

GENTILHOMBRE PRIMERO

No podía sufrir la vista de un cerdo degollado; creí que vuestra gracia había reconocido en él a un judío.

GENTILHOMBRE TERCERO

Ojalá hubierais sido gentilhombre suyo para vuestro provecho.

GENTILHOMBRE CUARTO

Mucho más dinero tendríais.

GENTILHOMBRE PRIMERO

Se tapaba los oídos con lana negra, y a los que iban a pedirle dinero les decía que era tardo de oído.

GENTILHOMBRE SEGUNDO

Y hay quien le tiene por hermafrodita, pues no ıfría vista de mujer.

GENTILHOMBRE CUARTO

¡Qué ruin orgullo mostraba cuando estaba lleno tesoro! ¡Vaya enhoramala!

GENTILHOMBRE PRIMERO

Sí; y llévese consigo la manteca para limpiar cadena de oro.

DUQUESA

Dejadnos. *(Vanse los gentileshombres.)* ¿Qué nsáis vos de éstos?

BOSOLA

Pillos son éstos que en su prosperidad, sin más las esperanzas de su fortuna, se habrían coldo de las narices los estribos sucios que él usay habrían ido detrás de su mula como el oso rás de su anillo; habrían prostituído sus hia la lascivia de él; le habrían dado por ess sus primogénitos, sin creer a nadie dichoso s que a los nacidos bajo su favorable planeta los que llevaran su librea. ¿Y ahora se le rtan estos piojos? No los busquéis nunca igua- Tuvo a su lado una ralea de pícaros aduladosíganle en su infortunio. Los príncipes pagan isonja con su dinero; los aduladores les en-

cubren los vicios, y ellos les encubren la mentira; justicia es. ¡Ay, pobre caballero!

DUQUESA

¡Pobre! Abundantemente llenó sus cofres.

BOSOLA

De fijo, era honrado en demasía. Pluto, dios de los ricos, cuando es enviado por Júpiter a un hombre, va cojeando, para indicar que la riqueza que manda Dios llega despacio; pero cuando viene en el coche del diablo, corre la posta y a paso acelerado. Dejadme que os diga cuan inapreciable joya tirasteis en un arrebato de malhumor y que bendiga al hombre que la encuentre. Era cortesano excelente y fidelísimo, soldado que tenía por estúpido estimar en poco su valor y por diabólico apreciarlo en demasía. Su virtud y su aspecto eran merecedores de mejor fortuna; su hablar más deleitaba por el juicio que por la elegancia; lleno de toda perfección estaba su pecho y con todo parecía oculta cámara de secretos: tan escaso rumor levantaba.

DUQUESA

Pero era de bajo nacimiento.

BOSOLA

¿Preferís convertiros en heraldo mercenario y examinar el árbol genealógico antes que las vi

tudes de un hombre? Ya le echaréis de menos; porque sabed que para un príncipe un ministro honrado es como un cedro junto a una fuente; el manantial baña las raíces del árbol, y el árbol, agradecido, le paga en sombra: vos no lo hicisteis así. Antes iría yo nadando hasta las Bermudas con dos vejigas podridas de políticos atadas con las fibras del corazón de un espía, que depender del voluble favor de un príncipe. ¡Enhorabuena vayas, Antonio! Si a la malicia del mundo le es necesaria tu caída, aun no se podrá decir que esté contigo todo mal, porque en ella te acompaña la virtud.

DUQUESA

¡Oh, cuán deleitable música me dejas oír!

BOSOLA

¿Qué decís?

DUQUESA

Que ese de quien habláis es mi esposo.

BOSOLA

¿No estoy soñando? ¿Puede esta edad ambiciosa guardar en sí tanta bondad que alguien prefiera a un hombre sólo por lo que vale, sin sombras de riqueza o fingidos honores? ¿Es posible?

DUQUESA

Tres hijos tengo de él.

BOSOLA

¡Oh, señora afortunada que habéis hecho de vuestro secreto lecho nupcial humilde y bello seminario de paz! Sin duda más de un escolar sin hacienda ha de rogar por vos al saber tal hecho, regocijándose de que el mérito llegue a obtener todavía en el mundo tal preferencia. Las doncellas de vuestro país que carezcan de dote esperarán que vuestro ejemplo les proporcione ricos esposos. Si necesitarais soldados, aun turcos y moros se bautizarían para serviros por tal acción. En fin, los desdeñados poetas de nuestros días, para honrar a este trofeo de un hombre elevado por la máquina curiosa de vuestra mano blanca, os darán gracias ante vuestro sepulcro, y mayor acatamiento os harán que a todos los gabinetes de todos los príncipes vivientes. En cuanto a Antonio, su fama brotará igualmente de todas las plumas cuando los heraldos necesiten ejemplos que ofrecer a los hombres.

DUQUESA

Tanto consuelo como me dan esas palabras amigas, quisiera que me brindaran secreto.

BOSOLA

¡Oh, el secreto de mi príncipe yo he de guardarlo dentro del corazón!

DUQUESA

Os haréis cargo de todo mi dinero y mis joyas, y le seguiréis; porque busca retiro en Ancona.

BOSOLA

Bien está.

DUQUESA

Allí, dentro de pocos días, he de seguirte.

BOSOLA

Dejadme que piense; debería vuestra gracia fingir una peregrinación a Nuestra Señora de Loreto, a menos de siete leguas de la hermosa Ancona; así podéis salir de vuestra tierra con más honor, y vuestra fuga parecerá viaje de príncipe con odo el aparato de costumbre alrededor.

DUQUESA

Señor, vuestra guía me llevará de la mano.

CARIOLA

A mi parecer, mejor sería un viaje a los baños e Lucca, o una visita a Spa de Alemania; porue, si me hacéis caso, no me gustan esas bromas n la religión, esas peregrinaciones fingidas.

DUQUESA

Eres una supersticiosa; prepara en seguida la archa. Lamentemos templadamente las penas pa-

sadas, y tratemos de evitar con prudencia las futuras.

(*Vanse la* DUQUESA *y* CARIOLA.)

BOSOLA

Un político es yunque para los golpes del diablo; forja todo pecado en él y no suenan los golpes; puede trabajar en el aposento de una dama, como aquí, por ejemplo. ¿Qué me queda ya sino revelárselo a mi señor? ¡Oh, miserable oficio de espía, que a todos los méritos del mundo prefiere sólo ganancia y encomio! Ahora, por este acto, tengo seguro el medro; que así es alabado el que siembra cizaña en la vida.

ESCENA III

Aposento en el palacio del cardenal, en Roma.

(*Entran el* CARDENAL, FERNANDO, MALATESTI, PESCARA, DELIO *y* SILVIO.)

CARDENAL

¿Conque he de convertirme en soldado?

MALATESTI

El emperador, sabiendo lo que valéis en tal terreno, aunque vestís estos hábitos venerables, os nombra comisario suyo juntamente con el afortu

nadísimo soldado marqués de Pescara y con el famoso Lannoy.

CARDENAL

¿Con el que tuvo el honor de hacer prisionero al rey de Francia?

MALATESTI

Con ése. He aquí un plan de nuevas fortificaciones para Nápoles.

FERNANDO

Ese noble conde Malatesti ¿consiguió ya un empleo?

DELIO

Empleo, no, señor, sino ir anotado al margen del rol como caballero voluntario.

FERNANDO

Pero si no es soldado.

DELIO

Se ha puesto pólvora en una muela cariada que le dolía.

SILVIO

Viene al campamento con el decidido propósito de comer vaca fresca y ajos, y en él permanecerá mientras le dure el olor, volviéndose luego en derechura a la corte.

DELIO

He leído los últimos hechos de armas tal como

los relata la crónica de la ciudad, y lleva consigo dos estañadores sólo para sacar moldes de batallas.

SILVIO

Entonces peleará junto al libro.

DELIO

Junto al almanaque, mejor, para escoger los días buenos y evitar los críticos; esa cinta es la enseña de su querida.

SILVIO

Sí, y jura que es capaz de mucho por tan poca tela.

DELIO

Me figuro que en una batalla echaría a correr para evitar la hiciesen prisionera.

SILVIO

Mucho teme que la pólvora de cañón le echara a perder el aroma.

DELIO

Un día vi a un holandés romperse la crisma porque le llamó compañero de cañón; así, su cabeza tuvo un agujero, como un mosquete.

SILVIO

¡Así se le hubiera hecho oído de cañón! No es

más que una gualdrapa de lujo para viajes de corte.

(*Entra* BOSOLA.)

PESCARA

¡Bosola aquí! ¿Qué le podrá traer? Algún jaleo entre los cardenales. Esas disputas entre grandes hombres, cuando las cabezas están divididas, son como zorras con fuego en la cola y llevan la ruina al país entero.

SILVIO

¿Quién es ese Bosola?

DELIO

En Padua le conocí: erudito fantástico, de esos que estudian para saber cuántos nudos tenía la clava de Hércules o cuál era el color de la barba de Aquiles, o si a Héctor le aquejaba o no el dolor de muelas. Se ha embotado el entendimiento para medir con una horma la verdadera simetría de la nariz de César; y todo ello por conquistar fama de buen teorizante.

PESCARA

Fijaos en el príncipe Fernando: tiene una salamandra viva en cada ojo, que se burla de la vioencia ahincada del fuego.

SILVIO

Ese cardenal ha hecho con su tiranía más cosas

horribles que bellas las hizo Miguel Angel; levanta la nariz como la sucia marsopa antes de la tormenta.

PESCARA

Don Fernando se ríe.

DELIO

Como cañón mortífero que da fogonazo antes que humo.

PESCARA

Esas son las verdaderas angustias de muerte, las angustias de la vida con que luchan los grandes hombres de estado.

DELIO

En tan torvo silencio, las brujas cuchichean sus encantamientos.

CARDENAL

¿Ha llegado a convertir la religión en capirote que la proteja del sol y de la tempestad?

FERNANDO

Eso la condena. Quizá su falta y su hermosura, mezclados, sean como lepra de la más blanca, de la más sucia. Me pregunto si habrá siquiera bautizado a sus miserables retoños.

CARDENAL

Voy a solicitar inmediatamente su destierro de la ciudad de Ancona.

FERNANDO

Vos vais a Loreto; no he de asistir a vuestra ceremonia; llevad buen viaje. Escribe al duque de Malfi, mi sobrino, el mancebo que tuvo de su primer marido, y hazle saber la honestidad de su madre.

BOSOLA

Así lo haré.

FERNANDO

¡Antonio! ¡Un esclavo que olía sólo a tinta y escritorio y nunca tuvo facha de caballero más que cuando el examen de cuentas! Ve, ve pronto; tráeme ciento cincuenta caballos nuestros y espérame a la entrada del puente. *(Vanse.)*

ESCENA IV

(Entran dos PEREGRINOS *de Nuestra Señora de Loreto.)*

PEREGRINO PRIMERO

Nunca vi más hermosa capilla que ésta, y he visitado muchas.

PEREGRINO SEGUNDO

Hoy se despoja el cardenal de Aragón de su capelo cardenalicio; también ha llegado a cumplir voto de peregrinación la duquesa, su hermana. Será una noble ceremonia.

PEREGRINO PRIMERO

Sin duda. Ya llegan.

(Aquí viene la investidura de hábito militar por el cardenal, consistente en la entrega de su báculo, capelo, vestidura y anillo en el altar, y ceñirse la espada, el yelmo, el escudo y las espuelas; después Antonio, la duquesa y sus hijos, que se han presentado ante el altar, son desterrados en forma mímica por el cardenal y por la ciudad de Ancona. Durante toda esta ceremonia, varios eclesiásticos cantan este himno, con muy solemne música. Luego salen todos, excepto los dos peregrinos.)

¡Ornen altas proezas tu historia (1)
para gloria eternal de tu fama!
Huya siempre de ti el infortunio;
no te cerque jamás hado adverso.
Sólo yo cantaré tus loores,
la virtud que a ensalzarte se mueve,
tu divino saber, inclinado
a la dura marcial disciplina.
Deja las vestiduras de que te has despojado;
coronen y hermoseen las armas tu prestancia,
¡oh, tú, digno de un alto renombre, así adornado,
guía tu hueste, intrépido, bajo el pendón de guerra!
¡Así la fortuna proteja tus gestas marciales!
¡Así el claro ingenio te guíe del arte y la fuerza!
¡La victoria muy cerca te aguarda y la fama tu esfuerzo [proclama!
¡La triunfante conquista tu frente corona y te da bendiciones [sin cuento!

PEREGRINO PRIMERO

¡Qué rara mudanza de estado! ¿Quién hubiera

---

(1) Una nota marginal de la primera edición—1623—dice que el autor niega que este himno sea suyo.

creído que tan gran señora se uniese a sujeto tan insignificante? Pero el cardenal se muestra cruel en demasía.

PEREGRINO SEGUNDO

Desterrados van.

PEREGRINO PRIMERO

Quisiera yo saber qué derecho tiene el Estado de Ancona contra un príncipe libre.

PEREGRINO SEGUNDO

Es un Estado libre, y el hermano de ella hizo saber que el Papa, conocedor de su extravío, ha tomado bajo la protección de la Iglesia el ducado que como viuda regía.

PEREGRINO PRIMERO

Pero ¿con qué derecho?

PEREGRINO SEGUNDO

Creo que con ninguno y sólo a instigación del hermano.

PEREGRINO PRIMERO

¿Qué le quitó él con tal violencia del dedo?

PEREGRINO SEGUNDO

El anillo de matrimonio, con lo cual indica que breve ha de sacrificarla a su venganza.

PEREGRINO PRIMERO

¡Ay de Antonio! Cuando echan al pozo a un hombre, sin que nadie le tienda una mano, su propio peso le lleva rápidamente al fondo. Ea, vámonos. Esto dispone, en conclusión, la fortuna: que todo ayude a caer al desgraciado. *(Vanse.)*

ESCENA V

Cerca de Loreto.

(Entran la DUQUESA, ANTONIO, NIÑOS, CARIOLA *y* CRIADOS.)

DUQUESA

¡Desterrados de Ancona!

ANTONIO

Sí; ya veis qué poder emana del aliento de los grandes.

DUQUESA

¿Todo nuestro cortejo se ha reducido a estos míseros restos?

ANTONIO

Estos pobres, que poco ganaron a vuestro servicio, quieren seguir nuestra fortuna; vuestros más sabios pajarillos, en cuanto se vieron con plumas, echaron a volar.

DUQUESA

Han hecho bien. Esto me hace pensar en la muerte; así los médicos, llenas las manos de monedas, abandonan a sus pacientes.

ANTONIO

Tal es la moda en el mundo; todos los aduladores huyen de las fortunas caídas, y allí donde el cimiento se hunde ya no edifican los hombres.

DUQUESA

Un sueño extrañísimo tuve anoche.

ANTONIO

¿Cuál?

DUQUESA

Pareciame tener puesta mi corona ducal, y que de repente todos los diamantes se convertían en perlas.

ANTONIO

Interpreto que pronto habéis de llorar; para mí, las perlas quieren decir vuestras lágrimas.

DUQUESA

Los pájaros moradores del campo que gozan de los silvestres beneficios de la Naturaleza viven más felices que nosotros; porque pueden escoger amante y cantar sus dulces placeres hasta la primavera.

(Entra BOSOLA *con una carta.)*

BOSOLA

Felizmente, os alcanzo.

DUQUESA

¿Es de mi hermano?

BOSOLA

Sí; de vuestro hermano don Fernando, con amor y seguridad.

DUQUESA

Tú lavas el dolor; ¡ojalá pudieses volverlo blanco! Mira, mira: cómo se aplaca el tiempo en el mar después de la tormenta; los corazones falsos tienen dulces palabras para aquellos cuya pérdida determinan. *(Lee.)* "Envíame a Antonio; necesito de su cabeza en cierto asunto." ¡Equívoco astuto! No necesita de vuestro consejo, sino de vuestra cabeza. Nueva trampa hay aquí, cubierta con rosas; atiende, qué ladino: "Soy fiador de varias deudas de vuestro marido en Nápoles; que ello no le detenga; prefiero su corazón a su dinero." Lo mismo digo yo.

BOSOLA

¿Qué creéis?

DUQUESA

Que como tanto desconfía del amor de mi esposo, de ningún modo quiere creer que su corazón le pertenece mientras no lo tenga: no alcanza el

demonio habilidad bastante para envolvernos con sus acertijos.

BOSOLA

¿Rechazaréis la noble y franca liga de amistad y amor que os ofrezco?

DUQUESA

Su liga es como la de ciertos reyes astutos, que sólo buscan fuerza y poder para sobrevivir a nuestra ruina: decídselo así.

BOSOLA

¿Y de vuestra parte?

ANTONIO

Decidle que no iré.

BOSOLA

¿Y por qué razón?

ANTONIO

Mis hermanos han despachado sabuesos por todas partes; hasta que no los vea con bozal, no hay tregua segura en lo que dependa de la voluntad de nuestros enemigos, aunque muestre color de habilidad política. No me acercaré a ellos.

BOSOLA

Eso proclama vuestra educación; toda pequeñez

atrae el miedo hacia un espíritu bajo, como el imán al hierro. Adiós, señor. Pronto sabréis de nosotros. *(Vase.)*

DUQUESA

Sospecho alguna emboscada; así, por todo mi amor, os conjuro que cojáis a vuestro hijo mayor y huyáis a Milán. No aventuremos este residuo miserable en un solo desdichado esquife.

ANTONIO

Saludable es vuestro consejo. ¡Ya que hemos de separarnos, adiós, lo mejor de mi vida! El cielo anda en ello; pero no de otra suerte que un curioso artista hace pedazos un reloj descompuesto, para arreglarlo mejor.

DUQUESA

No sé qué vale más, si veros morir o separarse de vos. Adiós, hijo; dichoso tú que no tienes conocimiento para comprender tu miseria; porque todo nuestro ingenio y saber sólo sirve para que mejor sintamos el dolor. En la iglesia eterna, señor, espero que no han de separarnos.

ANTONIO

¡Ay, cobrad ánimos! Sirvaos la paciencia de noble fortaleza, y no penséis en el áspero trato que nos dan. Los hombres, como la semilla de casia, se muestran mejores cuando se los tritura.

DUQUESA

¿He de tener a gala, como el ruso nacido en esclavitud, sufrir tiranía? En ello anda, sin duda ¡oh, cielo! tu pesada mano. Muchas veces vi a mi niño dar latigazos a su trompo, y conmigo lo comparé; nada me hizo andar por mi camino, sino el látigo del cielo.

ANTONIO

No lloréis; el cielo nos hizo de la nada; y nosotros nos esforzamos por volver a la nada. Adiós, Cariola, y la dulce carga de tus brazos. Si no te vuelvo a ver, sé buena madre de estos pequeñuelos y sálvalos del tigre; adiós.

DUQUESA

Dejadme contemplaros una vez más, porque ése es el hablar de un padre moribundo; vuestro beso es más frío que el que yo vi que un santo anacoreta daba a una calavera.

ANTONIO

Tengo el corazón como una pesada bola de plomo con que sondeo mi peligro; adiós.

(Vanse ANTONIO *y su hijo.)*

DUQUESA

¡Seco está del todo mi laurel!

CARIOLA

¡Ved, señora, qué tropel de gente armada se acerca a nosotros!

DUQUESA

¡Ay, bien venidos sean! Cuando la rueda de la fortuna soporta excesiva carga de príncipes, el peso la hace andar más de prisa; ojalá mi ruina sea rápida.

(Vuelve a entrar BOSOLA, *enmascarado, con guardias.)*

¿A mí me buscáis, no es verdad?

BOSOLA

Así es; nunca más veréis a vuestro esposo.

DUQUESA

¿Qué diablo infernal eres tú, para remedar así el trueno del cielo?

BOSOLA

¿Tan terrible os parece? ¿Quisiera que me dijerais qué ruido es peor: el que asusta a los inocentes pájaros entre los trigos, o el que los atrae hacia la red? Demasiados oídos disteis a éste.

DUQUESA

¡Oh, miseria! ¿No estallaré en pedazos como

cañón enmohecido con exceso de carga? Vamos, ¿a qué carcel me lleváis?

BOSOLA

A ninguna.

DUQUESA

¿Adónde, pues?

BOSOLA

A vuestro palacio.

DUQUESA

Siempre oí que la barca de Caronte sirve para cruzar la repugnante laguna, pero a nadie vuelve atrás.

BOSOLA

Vuestros hermanos quieren veros salva y os compadecen.

DUQUESA

¡Compadecer! Con igual compasión tienen vivos los hombres a faisanes y codornices cuando aun no están bastante gordos para que les llenen el plato.

BOSOLA

¿Son éstos vuestros hijos?

DUQUESA

Sí.

BOSOLA

¿Hablan ya?

DUQUESA

No; pero imagino que, como nacieron ya malditos, maldiciones han de ser sus primeras palabras.

BOSOLA

¡Bah, señora! Olvidaos de ese menguado, ruin sujeto...

DUQUESA

Si yo fuera hombre, os aplastaría esa falsa cara sobre la verdadera.

BOSOLA

Hombre sin linaje...

DUQUESA

Decid que, aunque nazca humilde, más feliz es el hombre cuyos actos son argumento y muestra de virtud.

BOSOLA

Virtud estéril, miserable.

DUQUESA

Dime, ¿quién es más grande? ¿Lo sabes tú? Historias tristes cuadran a mi aflicción: oye una. Un salmón que nadaba en el mar encontróse con una lija, que le dirigió estas groseras palabras: "¿Por qué tan atrevido te mezclas con los próceres del mar, sin ser cortesano eminente, sino habitante de ríos superficiales en los tiempos de más calma y frescor del año, en compañía de ne-

cios eperlanos y camarones? ¿Y te atreves a pasar junto a nosotros sin reverencia?" "¡Bah—contestó el salmón—, tranquilízate, hermano! ¡Gracias a Júpiter, ambos nos hemos librado de la red! Nadie puede conocer nuestros méritos mientras no estamos en la banasta del pescador; más precio alcanzaré yo en el mercado, y más aún junto al fuego, en manos del cocinero." La moraleja se extiende así a los grandes; tanto más estimados son los hombres cuanto más infelices. Pero vamos adonde queráis. Armada estoy contra el infortunio. He de inclinarme a todos los mandatos del opresor; no hay valle profundo que no tenga al lado una gran eminencia. *(Vanse.)*

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Malfi.—Aposento en el Palacio de la duquesa.

(*Entran* FERNANDO *y* BOSOLA.)

FERNANDO

¿Cómo sobrelleva su prisión la duquesa, nuestra hermana?

BOSOLA

Noblemente; os lo describiré. Muéstrase triste, como quien está avezado a la tristeza, y más parece anhelar el fin de su infortunio que rehuirlo: comportamiento tan noble que hace majestuosa la adversidad. Más perfectamente echaréis de ver la presencia de la dulzura en sus lágrimas que en sus sonrisas. Se pasa las horas meditando, y quizás su silencio dice más que su habla.

FERNANDO

Un extraño desdén parece dar fuerzas a su melancolía.

BOSOLA

Así es; y en tal sujeción, como los mastines ingleses, más enardecidos cuando se los ata, se da mejor cuenta, apasionándose, de qué placeres le han sido arrebatados.

FERNANDO

¡Maldita sea! Ya no quiero seguir estudiando en el libro del corazón ajeno. Infórmala de lo que te dije. *(Vase.)*

(Entra la DUQUESA.)

BOSOLA

¡Tenga consuelo vuestra gracia!

DUQUESA

Ninguno quiero ya. Dime, ¿por qué envuelves tus píldoras venenosas en oro y azúcar?

BOSOLA

Vuestro hermano mayor, don Fernando, viene a visitaros y os manda a decir que, como hizo voto solemne y temerario de no veros jamás, ha de venir a obscuras, y os ruega humildemente que no arda en vuestro aposento antorcha ni cirio; os besará la mano en signo de reconciliación; mas por aquel voto no se atreve a veros.

DUQUESA

Como gustéis. Llevaos las luces. Ya puede venir.

(Entra FERNANDO.)

FERNANDO

¿En dónde estáis?

DUQUESA

Aquí, señor.

FERNANDO

Bien estáis en esta obscuridad.

DUQUESA

Quisiera que me perdonarais.

FERNANDO

Ya os perdono, pues tengo por más digna venganza, pudiendo dar la muerte, el perdón. ¿Dónde están vuestros retoños?

DUQUESA

¿Quién?

FERNANDO

Quiero decir vuestros hijos, pues aunque nuestra ley nacional distingue a los bastardos de los legítimos, la Naturaleza, compasiva, los hace iguales.

DUQUESA

¿Para eso me visitáis? Violáis un sacramento de la Iglesia, y en el infierno aullaréis por tal causa.

FERNANDO

De más os habría valido vivir siempre así,

porque, en verdad, demasiado se os vió a la luz; pero basta: he venido a que sellemos las paces. Esta es la mano *(Le tiende una mano de muerto.)* a la cual prometisteis mucho amor; vos le disteis el anillo que lleva.

DUQUESA

Con cariño la beso.

FERNANDO

Besadla, os lo suplico, y enterrad la huella en vuestro corazón. Voy a dejaros, en prenda de amor, este anillo, y con el anillo la mano; y no dudéis que el corazón vendrá luego; cuando necesitéis amistad, enviad esto al que fué dueño suyo; veréis si él puede socorreros.

DUQUESA

Muy frío estáis; temo que el viaje os haya enfermado. ¡A ver, luces!! ¡Ay, qué horror!

FERNANDO

Traedle luces bastantes. *(Vase.)*

DUQUESA

¿Qué brujería trama dejando aquí esta mano de muerto?

(Descúbrese, al descorrerse una cortina, las figuras artificiales de Antonio y sus hijos, como muertos.)

BOSOLA

Mirad; aquí está el tronco de donde se cortó. Vuestro hermano os ofrece este triste espectáculo para que por vos misma sepáis que están muertos y así toméis el partido de no lamentar más aquello que no podéis recuperar en la vida.

DUQUESA

No hay entre cielo y tierra deseo que yo pueda tener ya después de esto; más me angustia que si fuese mi propio retrato, hecho de cera, acribillado por mágicas agujas y enterrado después en un sucio muladar; y aun sería bondad de un tirano que yo pudiera lograr una merced.

BOSOLA

¿Cuál?

DUQUESA

Que me aten a ese cuerpo sin vida y me dejen helarme hasta la muerte.

BOSOLA

Venid acá. Vos tenéis que vivir.

DUQUESA

La mayor tortura que las almas padecen en el infierno es tener que vivir y no poder morir. Porcia, quiero prender nuevamente tus brasas y reanimar el ejemplo raro y casi extinguido de una mujer enamorada.

BOSOLA

¡Vergüenza! ¿Desesperáis? Recordad que sois cristiana.

DUQUESA

La Iglesia manda que se ayune; me dejaré morir de hambre.

BOSOLA

Dejad ese vano dolor. Las cosas peores hallan enmienda; la abeja, después de clavaros en la mano el aguijón, puede dar encanto a vuestros ojos.

DUQUESA

Tú, que amablemente me consuelas, persuade al enrodado hecho trizas que otra vez arregle sus huesos; ruégale que viva para volver a ser ejecutado. ¿Quién me dará la muerte? Fastidioso teatro es el mundo para mí; hago papel contrario a mi voluntad.

BOSOLA

Venid, animaos. Yo os salvaré la vida.

DUQUESA

No me queda tiempo, en verdad, para ocuparme de cosa tan mezquina.

BOSOLA

Por mi vida que os compadezco.

DUQUESA

Pues loco eres en gastar tu compasión en cosa tan vil que ni a mí misma se compadece. Llena estoy de puñales. ¡Uf! Dejadme arrancar de mí estas víboras.

(Entra un CRIADO.)

¿Quién sois?

CRIADO

Uno que os desea larga vida.

DUQUESA

Verte ahorcado quisiera por tan horrible maldición; pronto he de ser milagro de lástima. Voy a rezar... no, a maldecir.

BOSOLA

¡Oh!

DUQUESA

Quiero maldecir a las estrellas.

BOSOLA

¡Oh, qué horror!

DUQUESA

Y convertir las tres risueñas estaciones del año en un invierno de Rusia; no, volver al mundo, al caos primero.

BOSOLA

Ved: las estrellas siguen brillando.

DUQUESA

Sí, pero ved que mi maldición tiene mucho que andar. ¡Plagas destrocen a las más numerosas familias y las consuman!

BOSOLA

¡Oh, señora!

DUQUESA

¡Que nunca se hable de ellos, como de los tiranos, sino por el mal que han hecho! ¡No los mencionen las celosas oraciones de los sacerdotes austeros!

BOSOLA

¡Oh, despiadada!

DUQUESA

¡Deje un instante el cielo de coronar mártires para castigarlos a ellos! Ve, aúllales esto, y diles que anhelo morir; los que hieren con rapidez todavía son compasivos. *(Vase.)*

(Vuelve a entrar FERNANDO.)

FERNANDO

Perfectamente, a medida de mi deseo; atormentada está con arte. Estas figuras no son sino de cera, y las hizo el raro maestro Vicencio Lau-

riola; ella las ha tomado por los verdaderos cuerpos substanciales.

BOSOLA

¿Y para qué hacéis esto?

FERNANDO

Para inducirla a desesperación.

BOSOLA

Acabad de una vez y no llevéis a más extremo vuestra crueldad; enviadle un sayo de penitente para que se lo ponga sobre la delicada piel y dadle rosarios y libros de oraciones.

FERNANDO

¡Condenada se vea! Ese cuerpo, en el cual corrió pura mi misma sangre, valía más que eso que quieres consolar y se llama alma. Le enviaré cortejos de ruines cortesanas; servirán a su mesa rufianes y alcahuetes, y puesto que quiere enloquecer, dispuesto estoy a sacar del manicomio público a todos los locos, trasladándolos junto a sus habitaciones; ahí podrán hacer sus ejercicios: cantar, bailar y dar brincos a la luz de la luna; si así duerme mejor, que duerma. Tu tarea casi está terminada.

BOSOLA

¿He de volverla a ver?

FERNANDO

Sí.

BOSOLA

¡Nunca!

FERNANDO

La verás.

BOSOLA

Nunca en mi propia figura; no hay acuerdo entre mi oficio de espía y este postrer engaño cruel; si me mandáis de nuevo a su lado, sea para consolarla.

FERNANDO

Perfectamente. La compasión no te sienta bien. Antonio se esconde en las cercanías de Milán; irás allí en seguida a alimentar una hoguera tamaña como mi venganza, que no ha de aflojar mientras no agote el combustible; las fiebres pertinaces vuelven crueles a los médicos. *(Vanse.)*

ESCENA II

Otro aposento de las habitaciones de la duquesa.

(Entran la DUQUESA *y* CARIOLA.*)*

DUQUESA

¿Qué espantable ruido es ése?

CARIOLA

Es el áspero concierto de los locos, señora, que la tiranía de vuestro hermano ha traído cerca de

vuestras habitaciones; pienso que hasta hoy nunca hubo tiranía mayor.

DUQUESA

Se lo agradezco en verdad; sólo bullicio y locura pueden hacer que no pierda el juicio, puesto que raciocinio y silencio me vuelven loca. Siéntate. Cuéntame algún triste suceso trágico.

CARIOLA

¡Con ello aumentará vuestra melancolía!

DUQUESA

Te engañas; el relato de un dolor más grande templará el mío. ¿Es esto cárcel?

CARIOLA

Sí; pero viviréis y se romperá el encierro.

DUQUESA

Boba eres; el petirrojo y el ruiseñor enjaulados no viven mucho.

CARIOLA

Por piedad, enjugaos los ojos. ¿En qué pensáis, señora?

DUQUESA

En nada: cuando me pongo así, estoy dormida.

CARIOLA

¿Como un loco, con los ojos abiertos?

DUQUESA

¿Crees tú que en el otro mundo nos reconoceremos?

CARIOLA

Sí, sin duda.

DUQUESA

¡Oh, si fuera posible que tuviésemos tan sólo dos días de trato con la muerte! Algo aprendería yo entonces, de fijo, que aquí nunca sabré. Voy a referirte un milagro: ya ves si tengo pena, y no estoy loca. El cielo, sobre mi cabeza, parece bronce derretido; la tierra, llameante azufre, y no estoy loca. Tan unida estoy a la miseria como el curtido galeote a su remo; la necesidad me fuerza a sufrir, y la costumbre facilita el sufrimiento. ¿Cuál es mi aspecto ahora?

CARIOLA

El de vuestro retrato de la galería: mucha apariencia de vida y ninguna en realidad; o más bien: el de un venerable monumento que, arruinado, inspira lástima.

DUQUESA

Muy cierto es; y la Fortuna parece tener pues-

tos los ojos en mi tragedia. ¡Qué ocurre! ¿Qué ruido es ése?

(*Entra un* CRIADO.)

CRIADO

Vengo a deciros que vuestro hermano os ha preparado una diversión. Cierto famoso médico, estando el Papa enfermo de profunda melancolía, le presentó varias especies de locos, cuya desagradable vista, llena de variedad y entretenimiento, le hizo reír y así reventó su apostema: la misma cura va a proporcionaros el duque.

DUQUESA

Entren ya.

CRIADO

Hay un loco letrado y un lego; un doctor que por celos perdió el seso; un astrólogo que explicaba en sus obras en qué día del mes había de caer el del juicio, y así enloqueció; un sastre inglés, demente a fuerza de estudiar nuevas modas; un ujier de buena casa, fuera de sí porque se empeñó en saberse de corrido los incontables saludos de su señora y las veces que decía: "¿Cómo está usted?", en una mañana; un labrador, excelente conocedor de granos, loco desde que fué prohibida la exportación; y si entrase un cambista loco de atar, diríais que anda entre ellos el demonio.

DUQUESA

Siéntate, Cariola. Soltadlos cuando queráis, pues

yo estoy encadenada y he de soportar toda vuestra tiranía.

(Entran los LOCOS.)

Un loco canta esta canción, acompañada por una lúgubre música:

Lancemos tenaz aullido,
torvo aullido lastimero,
como siniestro graznido
de un ave de mal agüero.

Toro, cuervo, autillo y oso
nos den su horrible canción;
pierda tu oído reposo;
rómpase tu corazón.

Si al coro le falta aliento,
será tu canto el solaz
del cisne, que halla, contento,
en la muerte amor y paz.

LOCO PRIMERO

¡Aun no llega el día del juicio! Lo apresuraré por medio de una perspectiva, o haré un cristal que haga arder el mundo en un instante. No puedo dormir; mi almohada está llena de puercoespines.

LOCO SEGUNDO

El infierno no es más que una fábrica de vidrio, y los demonios no hacen más que soplar en las almas de las mujeres con canutos huecos, y el fuego nunca se apaga.

LOCO TERCERO

Cada diez noches, me acostaré con todas las mujeres de mi parroquia; las diezmaré como los almiares.

LOCO CUARTO

¿Me ganará el boticario porque soy cornudo? Ya he descubierto sus tretas: hace alumbre con la orina de su mujer y se lo vende con sobreprecio a los puritanos que tienen dolor de garganta.

LOCO PRIMERO

Yo soy entendido en heráldica.

LOCO SEGUNDO

¿De veras?

LOCO PRIMERO

Vuestro timbre es una chochaperdiz con los sesos fuera; sois de antiguo linaje.

LOCO TERCERO

El griego se vuelve turco; sólo puede salvarnos la traducción helvética.

LOCO PRIMERO

Venid, señor, voy a echaros la ley encima.

LOCO SEGUNDO

Echadle mejor un corrosivo; la ley se le va a comer hasta el hueso.

LOCO TERCERO

El que bebe sólo para satisfacer a la naturaleza, será condenado.

LOCO CUARTO

Si yo tuviese aquí mi anteojo, os enseñaría una vista tal que todas las mujeres que hay aquí me llamarían doctor en locura.

LOCO PRIMERO

¿Quién es ése? ¿Un cordelero?

LOCO SEGUNDO

No, no, no; un pillo que, mientras señala al sepulcro, registra las sayas de una mozuela.

LOCO TERCERO

¡Vaya con la carroza que trajo a mi mujer del baile de máscaras, a las tres de la mañana! ¿Pues no tenía dentro un ancho colchón de plumas?

LOCO CUARTO

Cuarenta veces he cortado las narices al diablo y las he frito con huevos de cuervo para curarme la calentura.

LOCO TERCERO

Dadme trescientos murciélagos de leche para hacer ponche contra el insomnio.

LOCO CUARTO

Todo el colegio tiene que descubrirse a mi paso;

he hecho una caldera de jabón estreñida; es mi obra maestra.

(Danzan ocho locos al son de una música adecuada; luego entra BOSOLA, *en figura de viejo.)*

DUQUESA

¿También éste es loco?

CRIADO

Preguntádselo vos. Yo os dejo.

(Vanse el CRIADO *y los* LOCOS.*)*

BOSOLA

Vengo a preparar tu sepultura.

DUQUESA

¡Mi sepultura! Hablas como si estuviera yo en mi lecho de muerte, con las boqueadas; ¿crees que estoy enferma?

BOSOLA

Sí, y tanto más gravemente cuanto más insensible es tu enfermedad.

DUQUESA

Tú no estás loco, de fijo; ¿me conoces?

BOSOLA

Sí.

DUQUESA

¿Quién soy?

BOSOLA

Eres una caja con simientes de gusanos; todo lo más, bálsamo de momia verde. Esta carne, ¿qué es? Un poco de requesón, hojaldre fantástico. Más débiles son nuestros cuerpos que esas prisiones de papel con que los niños cazan moscas; más despreciable, porque han de contener gusanos. ¿Viste alguna vez alondra en jaula? Así el alma en el cuerpo; este mundo es como su matita de hierba y el cielo; por encima de nosotros, como un espejuelo, sólo sirve para darnos un conocimiento miserable de los límites de nuestra prisión.

DUQUESA

¿No soy yo la duquesa, tu señora?

BOSOLA

Mujer grande serás, de fijo, porque el desenfreno se sienta ya sobre tu frente, con vestidura de canas, veinte años antes que en la frente de una despreocupada vaquera. Peor duermes tú que ratón metido por fuerza en oreja de gato; si contigo durmiera un niño con la dentición, se echaría a llorar, que ni aun a él habías de dejarle quieto en la cama.

DUQUESA

Duquesa de Malfi soy todavía.

BOSOLA

Eso es lo que no te deja dormir; la gloria, como los gusanos de luz, brilla a lo lejos, pero vista de cerca, ni da calor ni ilumina.

DUQUESA

Muy claro eres.

BOSOLA

Mi oficio es halagar a los muertos, no a los vivos; soy un sepulturero.

DUQUESA

¿Y vienes a abrir mi sepultura?

BOSOLA

Sí.

DUQUESA

¡Quiero regocijarme por ello! ¿Y de qué la harás?

BOSOLA

No sé; para que me resuelva, ¿qué moda he de seguir?

DUQUESA

¿Pero hemos de tener fantasías en el lecho de muerte? ¿Hasta en la sepultura se ha de seguir la moda?

BOSOLA

Con mayor empeño. Las imágenes de los prín-

cipes ya no están yacentes en las tumbas, como se acostumbraba, en actitud de rogar al cielo, sino con la mano en la mejilla, como si los matase el dolor de muelas; no las tallan con los ojos fijos en los astros, sino como si tuvieran el entendimiento vuelto del todo hacia el mundo, de la misma manera que el rostro.

DUQUESA

Sepa yo del todo el efecto de esa tu lúgubre preparación; es conversación adecuada a un osario.

BOSOLA

Así ha de ser.

(Entran los VERDUGOS *con un ataúd, cuerdas y una campana.)*

Tomad el regalo de príncipes que vuestros hermanos os hacen; y recibidlo bien, pues trae el beneficio postrero, el postrer dolor.

DUQUESA

Dejadme verlo; tanta obediencia hay en mi sangre, que en sus venas la querría para tornarlos buenos.

BOSOLA

Esta es vuestra cámara postrera.

CARIOLA

¡Oh, mi dulce señora!

DUQUESA

Ten calma; no me asusta.

BOSOLA

Yo soy el pregonero que visita a los condenados la noche antes del suplicio.

DUQUESA

Un momento ha que te llamaste sepulturero.

BOSOLA

Fué para atormentaros poco a poco. Escuchad:

Oíd: Ya que todo está mudo,
la lechuza, con silbo agudo,
a nuestra señora le avisa
que el sudario prepara de prisa.
Tierras tuviste y riqueza sobrante;
hoy tu largo de tierra es bastante.
Te enloqueció guerra tenaz:
hoy queda firmada la paz.
¿Para qué acumular tesoros?
Engendrados en culpa, entre lloros
nacidos, la vida es error;
la muerte, espantoso terror.
Tu cabello con polvos finos
cuida; dispón cándidos linos;
baña tus pies; tu cuello aguante
una cruz que al demonio espante;
entre noche y día es pleamar;
cesen tus gemidos: ya puedes volar.

CARIOLA

¡Fuera de aquí, viles, tiranos, asesinos! ¡Ay! ¿Qué vais a hacer con mi señora? Pedid socorro.

DUQUESA

¿A quién? ¿A nuestros vecinos de al lado? Locos están.

BOSOLA

No hagáis más ruido.

DUQUESA

Adiós, Cariola. No tengo mucho que dejarte en mi testamento; muchos hambrientos huéspedes he alimentado; pobre ha de ser tu herencia.

CARIOLA

¡Quiero morir con ella!

DUQUESA

Te lo ruego: cuida de dar a mi niño pequeño un poco de jarabe para el resfriado; que la niña rece antes de dormirse.

(*Los* VERDUGOS *se llevan a viva fuerza a* CARIOLA.)

Haced de mí lo que queráis. ¿Qué muerte?

BOSOLA

¡Estrangulada! Aquí están los verdugos.

DUQUESA

Los perdono: apoplejía, catarro o tos de pecho harían de mí otro tanto.

BOSOLA

¿La muerte no os espanta?

DUQUESA

¿A quién le espanta si sabe la compañía que ha de hallar en el otro mundo?

BOSOLA

Pero acaso debiera afligiros el género de muerte; esa cuerda es para aterrorizaros.

DUQUESA

Ni en lo más mínimo; ¿por qué había de agradarme que me degollaran con diamantes? ¿O que me ahogasen con humo de casia? ¿O que me apedreasen, hasta morir, con perlas? Yo sé que la muerte tiene diez mil puertas distintas para que puedan salir los hombres; y se dice que giran sobre goznes tan extrañamente geométricos que se pueden abrir a uno y a otro lado; ¡de cualquier modo que sea, por el cielo, ojalá estuviese ya lejos de vosotros! Decid a mis hermanos que ahora estoy bien despierta, y veo que la muerte es el mejor regalo que ellos pudieran darme y yo recibir. Quisiera despojarme de mi postrera culpa de mujer si no he de molestaros.

VERDUGO PRIMERO

Estamos prontos.

DUQUESA

Disponed de mi aliento como queráis; pero mi cuerpo entregádselo a mis doncellas. ¿Lo haréis?

VERDUGO PRIMERO

Sí.

DUQUESA

Apretad, y apretad fuerte; vuestra habilidad y fuerza me han de empujar al cielo. Esperad: las puertas del cielo no tienen tan elevados dinteles como los palacios de los príncipes; los que por ellas entran han de pasar de rodillas. *(Arrodíllase.)* ¡Ven, muerte violenta; sirve de mandrágora que me infunda el sueño! Decid a mis hermanos, cuando esté muerta, que pueden comer tranquilos.

(Los VERDUGOS *estrangulan a la* DUQUESA.)

BOSOLA

¿Dónde está la doncella? Traedla, que otros estrangulen a los niños.

(Los VERDUGOS *traen a* CARIOLA *y a los niños y estrangulan a éstos.)*

Ved, ahí duerme vuestra señora.

CARIOLA

¡Oh! ¡Condenados seáis eternamente por ello! Ya me llega la vez. ¿No os lo han mandado así?

BOSOLA

Sí; y celebro encontraros tan bien preparada.

CARIOLA

Os engañáis, señor, no estoy preparada, no quiero morir; antes quiero que me digáis cuál es mi culpa.

BOSOLA

¡Ea, despachadla! Antes hicisteis su voluntad; haced ahora la nuestra.

CARIOLA

No quiero, no debo morir; estoy prometida a un caballero.

VERDUGO PRIMERO

Este será tu anillo de bodas.

CARIOLA

Dejadme hablar al duque. Le descubriré una traición que le amenaza.

BOSOLA

Dilaciones: ahogadla ya.

VERDUGO PRIMERO

Muerte y araña.

CARIOLA

Si me matáis ahora, me condenaré; dos años llevo sin confesarme.

BOSOLA

(A los verdugos.) ¿Acabáis?

CARIOLA

Estoy preñada.

BOSOLA

Pues así se salvará tu reputación *(Los verdugos estrangulan a Cariola.)* Llevadla al cuarto de al lado. Dejad aún a éstos aquí.

(Vanse los VERDUGOS *con el cuerpo de* CARIOLA. *Entra* FERNANDO.*)*

FERNANDO

¿Está muerta?

BOSOLA

Así lo quisisteis. Pero aquí empieza la compasión. *(Señalando a los niños estrangulados)* ¡Ay! ¿En qué os ofendían éstos?

FERNANDO

Muerte de lobeznos no es de lamentar.

BOSOLA

Volved aquí los ojos.

FERNANDO

Ya la veo.

BOSOLA

¿Y no lloráis? Otros pecados hablan no más; el asesinato grita; el elemento del agua humedece la tierra; pero la sangre, volando, riega el cielo.

FERNANDO

Tápale la cara; me deslumbra. Joven muere.

BOSOLA

No pienso yo así: su desgracia le dió años en demasía.

FERNANDO

Fuimos gemelos; y si yo en este instante muriese, habría vivido tanto como ella, minuto a minuto.

BOSOLA

Será porque ella nacería primero; vos confirmáis con sangre la antigua verdad de que los parientes obran por lo común peor que los extraños más remotos.

FERNANDO

Vea yo de nuevo su rostro. ¿Por qué no te compadeciste de ella? ¡Qué hombre excelente y honrado habrías sido si la llevas a un santuario o si, con el atrevimiento de una buena causa, te hubieras interpuesto, levantando sobre la cabeza tu espada, entre su inocencia y mi venganza! Te mandé cuando estaba sin juicio: ve y mata a mi amigo más querido, y lo has hecho. Porque, vamos a examinar bien la causa: ¿qué era para mí la pequeñez de su enlace? Sólo te confesaré que tenía yo la esperanza, si hubiese continuado viuda, de ganar con su muerte infinita copia de tesoros. ¿Cuál ha sido el motivo principal? Su

matrimonio, que lanzó un río de hiel sobre mi corazón. Y a ti, como vemos en las tragedias que a un buen actor le caen muchas maldiciones por representar papel de tirano, a ti por tal causa te aborrezco, ya que tan bien hiciste por mí tanto mal.

BOSOLA

Dejadme que os refresque la memoria, porque advierto que estáis pecando de ingratitud; reclamo el premio que a mis servicios se debe.

FERNANDO

Voy a decirte lo que te daré.

BOSOLA

Decid.

FERNANDO

Tu perdón por este asesinato.

BOSOLA

Eh!

FERNANDO

Sí, y es la mayor prueba de bondad que con esfuerzo puedo darte. ¿Con qué autoridad ejecutaste la sanguinaria sentencia?

BOSOLA

Con la vuestra.

FERNANDO

¡Mía! ¿Y era yo su juez? ¿La condenó, acaso,

a dejar de ser alguna forma solemne de derecho? ¿Declaró un jurado bien constituído su convicción ante el tribunal? ¿En dónde hallarás registrado este juicio, a no ser en el infierno? Mira, como demente sanguinario, tienes pena de la vida, y por ello morirás.

BOSOLA

Pervertido anda el oficio de la justicia cuando un ladrón ahorca a otro. ¿Quién osará publicar esto?

FERNANDO

¡Ah, yo te lo diré! El lobo encontrará su sepultura y escarbará en ella, no para devorar el cadáver, sino para descubrir el hórrido asesinato.

BOSOLA

A vos y no a mí toca temblar.

FERNANDO

Déjame.

BOSOLA

Primero he de recibir mi dinero.

FERNANDO

Eres un villano.

BOSOLA

Si vuestra ingratitud es quien juzga, lo soy.

FERNANDO

¡Oh, cuán horrible, que ni el temor de quien

sujeta a los diablos pueda mandar al hombre obediencia! No vuelva yo a verte más.

BOSOLA

Pues adiós. Vos y vuestro hermano sois hombres de valía; tenéis un par de corazones que son sepulcros huecos, corruptos, corruptores de los demás; y vuestras venganzas, como dos balas unidas por una cadena, van cogidas del brazo; seréis hermanos, pero la traición, como la peste, cuesta mucha sangre. Estoy como quien sale de un dulce sueño de oro: irritado conmigo mismo, por haber despertado.

FERNANDO

Vete a alguna desconocida parte del mundo donde jamás te vea.

BOSOLA

Decidme por qué me habéis de despreciar así. He servido, señor, a vuestra tiranía, y atendido más a vuestra satisfacción que a la del mundo entero; y aunque aborrecía el mal, os amé a vos que me lo aconsejabais, y antes quise aparecer como fiel servidor que como hombre honrado.

FERNANDO

Voy á cazar el tejón entre dos luces; la obscuridad es conveniente. *(Vase.)*

BOSOLA

Mucho desvaría. ¡Perdí mi honor fingido! Mien-

tras cansamos el ingenio en vanas esperanzas, sudamos, al parecer, entre hielos y nos helamos en el fuego. ¿Qué haría yo si esto hubiese de comenzar de nuevo? No cambiaría la tranquilidad de mi conciencia por todos los tesoros de Europa. *(Mirando a la duquesa.)* Se mueve; está viva... ¡Vuelve, alma bella de la sombra, y guíame para salir de este infierno sensible! Tiene calor, respira, he de fundir mi corazón sobre tus labios pálidos para que recobren sus frescos colores. ¡Acudan! ¡Traigan un cordial! ¡Ay, a llamar no me atrevo! Así, la compasión destruye a la compasión. Abre los ojos, y en ellos parece abrirse el cielo, antes cerrado, para levantarme al perdón.

DUQUESA

¡Antonio!

BOSOLA

Sí, vive, señora; los cadáveres que visteis eran sólo estatuas fingidas; se ha reconciliado con vuestros hermanos; el Papa, con su intervención, lo ha conseguido.

DUQUESA

¡Gracias! *(Muere.)*....

BOSOLA

¡Ay, ya está muerta! Rompiéronse las cuerdas de la vida. ¡Oh, sagrada inocencia dormida en dulce sueño sobre plumas de tórtola, mientras una conciencia culpable es negro registro en que se

inscriben todas nuestras acciones buenas y malas. perspectiva que nos muestra el infierno! ¡Que no nos consientan obrar bien cuando intentamos hacerlo! Dolor varonil es éste; estas lágrimas, cierto estoy, no brotaron de la leche de mi madre; mi espíritu ha caído aún más bajo que el terror; ¿dónde estaban estas fuentes de penitencia cuando ella vivía? ¡Heladas estuvieron! Este espectáculo es tan horroroso para mi alma como la espada para un infeliz que asesinó a su padre. Ven, quiero sacarte de aquí y ejecutar tu postrera voluntad; voy a entregar tu cuerpo a los piadosos cuidados de unas buenas mujeres; no me lo impida el cruel tirano. Luego saldré para Milán, en donde algo he de hacer con urgencia para dignificar mi rebajamiento. *(Vase.)*

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Milán.—Plaza pública.

(*Entran* ANTONIO *y* DELIO.)

ANTONIO

¿Qué pensáis de mis esperanzas de reconciliación con los hermanos de Aragón?

DELIO

Desconfío de ello; porque, aunque hayan enviado letras de salvo conducto para vuestra estancia en Milán, no son, a mi parecer, sino redes para cogeros. El marqués de Pescara, de quien tomasteis en alquiler más tierras, muy en contra de su noble inclinación se ha visto obligado a embargároslas, y algunos dependientes suyos están en este momento presentando demanda para que se les ponga en posesión de vuestras rentas. No puedo pensar que os desean bien cuando os privan de medios de vida y de la vida misma.

ANTONIO

Incrédulo sois para toda seguridad que pueda yo hallar en mí mismo.

DELIO

Aquí viene el marqués; yo mismo he de solicitar alguna parte de vuestra tierra, para ver cómo sopla el viento.

ANTONIO

Hacedlo así, os lo suplico.

(*Entra* PESCARA.)

DELIO

Señor, tengo que dirigiros una súplica.

PESCARA

¿A mí?

DELIO

Es cosa fácil; os ruego que me otorguéis la ciudadela de San Benito, con algunas tierras que últimamente estuvieron en posesión de Antonio Bologna.

PESCARA

Sois mi amigo; pero súplica es ésa a la que yo no puedo acceder ni vos dirigirme.

DELIO

¿Por qué no, señor?

PESCARA

Pronto os explicaré privadamente mis razones con detenimiento. Aquí llega la querida del cardenal.

(Entra JULIA.)

JULIA

Señor, vengo a convertirme en pobre solicitante vuestra, y miserable mendicante sería si no trajese aquí una carta de un prócer, del cardenal, que os disponga en favor mío. *(Le entrega una carta.)*

PESCARA

Pide para vos la ciudadela de San Benito, que perteneció al desterrado Bologna.

JULIA

Así es.

PESCARA

Nunca pensé en una amiga a quien más me agradara complacer en ello; vuestra es.

JULIA

Señor, os doy gracias; y ya sé cuán doblemente reconocida os he de estar, tanto por el don como por vuestra prontitud, que hace la concesión más importante. *(Vase.)*

ANTONIO

¡Cómo medran con mi ruina!

DELIO

Señor, en poca estima me tenéis.

PESCARA

¿Por qué?

DELIO

Porque me negasteis la súplica que concedisteis a semejante criatura.

PESCARA

¿No sabéis de qué se trata? De la tierra de Antonio no decomisada por ministerio de la ley, sino arrancada a su dominio por instancia del cardenal. No habría sido prudente que yo diese tan buena hacienda mal adquirida a un amigo; es gratificación que sólo se debe a una ramera, pues proviene de injusticia. ¿He de verter la pura sangre de los inocentes para que esos secuaces a quienes llamo amigos me consideran más? Celebro que esa tierra, arrebatada a su propietario con tal injusticia, venga a tener tan sucio empleo que sea salario de lascivia. Aprended, buen Delio, a pedirme cosas nobles, y veréis cuán noblemente os las doy.

DELIO

Bien me lo aclaráis.

ANTONIO

(Aparte.) Aquí hay un hombre que ahora llena-

ría de espanto a los imprudentes pedigüeños descarados.

PESCARA

El príncipe Fernando ha venido a Milán; dicen que enfermó de apoplejía; pero otros dicen que es frenesí; voy a visitarle. *(Vase.)*

ANTONIO

Este es un hombre noble.

DELIO

¿Qué partido pensáis tomar, Antonio?

ANTONIO

Esta noche pienso aventurar toda mi fortuna, que no es sino un mísero resto de vida, frente a la peor malicia del cardenal; he conseguido acceso privado a su cámara, y me propongo visitarle hacia media noche, como su hermano a nuestra noble duquesa. Quizá el súbito conocimiento del peligro—porque iré sin disfraz—, cuando luche entre el amor y el deber, le saque el veneno del alma y opere una amistosa reconciliación; si esto fracasa, siquiera me libraré de tan infame estado, pues más vale caer de una vez que estar siempre cayendo.

DELIO

He de secundaros en todo peligro, aunque mi vida siga la suerte de la vuestra.

ANTONIO

Sois todavía mi amado y mejor amigo. *(Vanse.)*

ESCENA II

Galería en la residencia del cardenal y Fernando.

(*Entran* PESCARA *y el* DOCTOR.)

PESCARA

¿Podré, doctor, visitar ahora a vuestro enfermo?

DOCTOR

Como vuestra señoría guste; pero ahora va a salir a tomar el aire a esta galería, bajo mi dirección.

PESCARA

Y decidme, ¿cuál es su enfermedad?

DOCTOR

Enfermedad harto pestilante, señor: la llaman licantropia.

PESCARA

¿Qué es eso? Necesitaría diccionario para sa-
erlo.

DOCTOR

Yo os lo diré. En los que están poseídos por ella
e levanta un humor tan melancólico que se ima-
inan ser lobos; asaltan los cementerios en la obs-
uridad de la noche y desentierran cadáveres;
ace dos noches se encontraron al duque, a eso de

las doce, en una callejuela detrás de la iglesia de San Marcos, con una pierna humana al hombro y aullando espantosamente; decía que era un lobo, sin otra diferencia que la piel del lobo es peluda por fuera y la suya lo era por dentro; les mandó sacar la espada y rasgarle las carnes para demostrarlo; me llamaron en seguida, y, después de medicinar a su gracia, le encontré muy recobrado.

PESCARA

Lo celebro.

DOCTOR

Pero no dejo de temer una recaída. Si vuelve a su tema, he de emplear con él un tratamiento que ni el mismo Paracelso soñó; si me dejan, voy a luchar a brazo partido con su locura para extraerla. Pongámonos a un lado, que ya viene.

(Entran FERNANDO, *el* CARDENAL, MALATESTI *y* BOSOLA.)

FERNANDO

Dejadme.

MALATESTI

¿Cómo le gusta tanto la soledad a vuestra señoría.

FERNANDO

Las águilas suelen volar solas; en bandadas,

vuelan los cuervos, las cornejas y los estorninos. Mirad, ¿qué es eso que me persigue?

MALATESTI

Nada, señor.

FERNANDO

Sí, sí...

MALATESTI

Es vuestra sombra.

FERNANDO

Detenedla, que no me persiga.

MALATESTI

Imposible, si os movéis cuando brilla el sol.

FERNANDO

He de ahogarla. *(Se arroja contra su propia ombra.)*

MALATESTI

¡Oh, señor, os irritáis por nada!

FERNANDO

Sois un necio. ¿Cómo es posible que coja yo mi sombra, si no me tiro sobre ella? Cuando aya al infierno, pienso intentar un soborno; porue mirad: con larguezas se abre camino la gente eor.

PESCARA

Levantaos, mi buen amigo.

FERNANDO

Estoy estudiando el arte de la paciencia.

PESCARA

¡Noble virtud es!

FERNANDO

Hacer andar delante de mí a seis caracoles desde esta ciudad hasta Moscovia sin emplear aijada ni látigo, dándoles todo el tiempo preciso; desafío con mi experiencia al hombre más paciente del mundo; y yo he de ir detrás, arrastrando, de pastor.

CARDENAL

Levantadle a la fuerza. *(Le ponen en pie.)*

FERNANDO

Tratadme bien, y os irá mejor. Hice lo que hice; nada he de confesar.

DOCTOR

Dejad que me acerque a él. ¿Estáis loco, señor? ¿Habéis perdido el juicio principesco?

FERNANDO

¿Quién es ése?

PESCARA

Vuestro doctor.

FERNANDO

Dejadme aserrarle las barbas y limarle las cejas cortésmente.

DOCTOR

He de ensayar con él locuras, porque ése es el único medio. He traído a vuestra gracia una piel de salamandra para librarle de la insolación.

FERNANDO

Tengo un cruel dolor de ojos.

DOCTOR

La clara de huevo de basilisco es el mejor remedio.

PESCARA

Aunque estuviese acabado de poner, vos seríais mejor. Escondedme, que no me vea. Los médicos son como los reyes: no sufren contradicciones.

DOCTOR

Ya empieza a asustarse de mí; dejadme a solas con él.

CARDENAL

¡Cómo! ¿Os quitáis la toga?

DOCTOR

Traedme unos cuarenta orinales llenos de agua de rosas; vamos a echárnoslos el uno al otro. Ya

empieza a asustarse de mí. ¿Queréis dar un salto, señor? Soltadle, soltadle, que yo respondo; en los ojos le veo que se asusta de mí; voy a volverle tan pacífico como a un marmota.

FERNANDO

Saltad vos si queréis, señor. Voy a meterle en caldo y a arrancarle la piel para cubrir una de las anatomías que ese bribón ha hecho en la sala de barberos-cirujanos. ¡Fuera de aquí, fuera de aquí! Sois todos como bestias para el sacrificio; no os queda más que lengua y panza, adulación y lujuria. *(Vase.)*

PESCARA

Doctor, todavía no os teme del todo.

DOCTOR

Verdad; acaso fuí demasiado de prisa.

BOSOLA

¡Compasión para mí! ¡Qué sentencia fatal ha caído sobre este Fernando!

PESCARA

¿Sabe vuestra gracia qué extraño accidente ha puesto al príncipe en tan extraño desvarío?

CARDENAL

(Aparte.) Tengo que fingir un poco. Dicen que

fué de esta manera: habéis oído murmurar en estos años que nadie de nuestra familia muere sin que se aparezca la sombra de una anciana que, según tradición, fué asesinada por sus sobrinos a causa de su riqueza. La otra noche, cuando el príncipe velaba leyendo un libro, la sombra se le apareció; cuando pidió socorro y entró el gentilhombre de cámara, encontró a su gracia bañado en sudor frío, muy alterado de rostro y de habla; desde aquella aparición fué empeorando, empeorando, y mucho temo que pierda la vida.

BOSOLA

Señor, quisiera hablaros.

PESCARA

Dejamos a vuestra gracia, deseando para el príncipe enfermo, nuestro noble señor, cabal salud de mente y de cuerpo.

(Vanse PESCARA, MALATESTI *y el* DOCTOR.*)*

CARDENAL

Mucho os lo agradezco. ¿Estáis aquí? Bien. *(Aparte.)* Este no sabrá siquiera que tuve parte en la muerte de nuestra duquesa; pues aunque yo la aconsejé, el peso del compromiso cayó, al parecer, sobre Fernando. Decid, señor, ¿cómo está nuestra hermana? Pienso que el dolor le da apariencia de vestidura muchas veces teñida; yo me llegaré a consolarla. ¿Por qué tomáis tan hosco

aspecto? ¡Ah! La fortuna de vuestro amo el príncipe os abandona; pero tened alegría y consolaos; si queréis llevar a cabo algo que proyecto, aunque sus huesos estén fríos en el sepulcro, yo os lograré lo que anheláis.

BOSOLA

Todo; decídmelo en un aliento y vuelo a ejecutarlo; los que mucho lo piensan poco avanzan, y pensando mucho en el fin no dan en el comienzo.

(*Entra* JULIA.)

JULIA

¿Venís a cenar, señor?

CARDENAL

Tengo que hacer; dejadme.

JULIA

(*Aparte.*) ¡Qué gallardo mozo es ése con quien habla! (*Vase.*)

CARDENAL

De esto se trata: Antonio se esconde aquí, en Milán; quiero buscarle y darle muerte. Mientras viva, nuestra hermana no podrá casarse, y tengo a la vista un excelente partido para ella. Hacedlo vos, y decidme en qué puedo medraros.

BOSOLA

Pero ¿de qué manera le hallaré?

CARDENAL

Hay aquí en el campamento un caballero llamado Delio que desde muy atrás se muestra su leal amigo. Vigiladle; seguidle a misa; tal vez Antonio, aunque no hace más caso de la religión que de un mote de escuela, le acompañe por el buen parecer; o si no, preguntad al confesor de Delio, y ved si podéis sobornarle para que lo revele. Mil caminos tiene un hombre para encontrar su huella: saber quién solicita de los judíos fuertes sumas de dinero, porque sin duda las necesita, o inquirir de los pintores quién compró no hace mucho el retrato de ella; alguno de estos medios dará feliz resultado.

BOSOLA

Bien está; no dejaré que el asunto se enfríe; buscaré a ese malvado de Antonio por todos los rincones del mundo.

CARDENAL

Id, y que tengáis suerte. *(Vase.)*

BOSOLA

Basiliscos cría éste en los ojos. No es más que un asesino; mas parece no estar enterado de la muerte de la duquesa. Habilidad ha de ser; voy a tomar su ejemplo; no puede haber manera mejor de seguir un rastro que la de un zorro viejo.

(Vuelve a entrar JULIA.*)*

JULIA

¡Bien hallado seáis, señor!

BOSOLA

¿Qué es esto?

JULIA

No, las puertas están bien cerradas; ahora he de haceros confesar vuestra traición.

BOSOLA

¡Traición!

JULIA

¡Sí, confesadme a cuál de mis doncellas pagasteis para que echara polvos de amor en mi bebida.

BOSOLA

¿Polvos de amor?

JULIA

Sí, cuando estuve en Malfi. ¿Por qué había yo de enamorarme de ese rostro? Hartas penas he sufrido por ti, y el único remedio de mi mal es apagar mi deseo.

BOSOLA

Ciertamente, vuestra pistola sólo está cargada de perfumes o de besos dulces. ¡Dama excelente! ¡Linda manera tenéis de c [illegible] he-lo. Venid, venid, quiero d [illegible] así. ¡Maravilla extraña es é [illegible]

JULIA

Compara tu figura con mis ojos y no te parecerá tan gran milagro mi amor. Dirás que soy licenciosa; la suave modestia en las damas no es más que un huésped molesto que las persigue.

BOSOLA

Miradme bien: soy un áspero soldado.

JULIA

Tanto mejor; de fijo no hay fuego sin vivos destellos de bella aspereza.

BOSOLA

Y no tengo modales.

JULIA

La ignorancia en el cortejar no puede ser en vos inoportuna, si tenéis corazón para el bien.

BOSOLA

Sois muy hermosa.

JULIA

No; si me acusáis de hermosura, voy a pedir que se declare la inculpabilidad.

BOSOLA

Vuestros ojos brillantes tienen dentro un carcaj de dardos más agudos que rayos de sol.

JULIA

Vais a echarme a perder con encomios; dedicaos a cortejarme como ahora yo os galanteo.

BOSOLA

(Aparte.) Ya lo he logrado; voy a valerme de esta mujer. Estrechemos nuestra amorosa familiaridad. Si ahora el gran cardenal me viese, ¿no me tendría por villano?

JULIA

No; me tendría a mí por ramera, sin ver escrúpulo de ofensa en vos; porque si yo veo un diamante y lo robo, no es culpa de la piedra, sino mía, del ladrón que lo hurta. Me entrego a vos de pronto; nosotras, las grandes mujeres de placer, solemos prescindir de esos deseos inseguros, de ese intranquilo anhelar, y llegamos en un instante al suave deleite y lo juntamos con la buena excusa. Si hubieseis pasado por la calle, bajo mi ventana, aun así os habría yo cortejado.

BOSOLA

¡Oh, sois dama excelente!

JULIA

Mandadme que de algún modo os pueda probar mi amor.

BOSOLA

Sea así; puesto que me amáis, no dejéis de eje-

cutarlo. Al cardenal le ha entrado prodigiosa melancolía; preguntadle la causa, y no os dejéis engañar con fingidas excusas; descubrid su fundamento cierto.

JULIA

¿Para qué lo queréis saber?

BOSOLA

A sus órdenes trabajo, y he oído decir que ha caído en desgracia con el emperador; si así fuera, como escapan los ratones de las casas ruinosas, quisiera yo buscar otro empleo.

JULIA

No necesitáis ir a la guerra; yo seré vuestro sostén.

BOSOLA

Y yo seré vuestro siervo leal; pero no puedo abandonar mi vocación.

JULIA

¡No abandonar a un general ingrato por el amor de una dulce dama! Sois como el que no puede dormir en colchón de plumas y necesita piedras en la almohada.

BOSOLA

¿Haréis lo que os he pedido?

JULIA

Hábilmente.

BOSOLA

Para mañana espero la confidencia.

JULIA

¡Mañana! Entrad en mi gabinete; la tendréis en seguida. No me deis vos más largas que las que he de daros; soy como un condenado a quien han prometido el perdón, pero quisiera verlo sellado. Entrad, entrad aquí; veréis cómo mi lengua devana su corazón como madeja de seda.

(Vase BOSOLA.)

(Vuelve a entrar el CARDENAL.)

CARDENAL

¿En dónde estáis?

(Entran CRIADOS.)

CRIADOS

Aquí.

CARDENAL

Por vuestra vida, que nadie hable al príncipe Fernando sin que yo lo sepa. *(Aparte.)* En su desvarío revelará el asesinato. *(Vanse los criados.)* Esta es mi enfermedad persistente. Cansado estoy de ella, y quisiera, de cualquier modo, quitármela de encima.

JULIA

¿Cómo estáis, dueño mío? ¿Qué os apena?

CARDENAL

Nada.

JULIA

¡Ay, muy alterado os veo! Venid, voy a serviros de secretario y a quitaros esa carga del pecho; ¿cuál es la causa?

CARDENAL

No puedo decírosla.

JULIA

¿Tan enamorado estáis de la tristeza que no podéis separaros de ella? ¿O pensáis que no puedo amar a vuestra gracia si está triste como cuando está alegre? ¿O sospecháis que yo, después de ser durante tantos inviernos el secreto de vuestro corazón, no he de ser lo mismo el de vuestros labios?

CARDENAL

Modera tu anhelo... El único modo de que me guardes el secreto es no decírtelo.

JULIA

Hablad así al eco, o a los aduladores, que como el eco repiten lo que oyen, de modo imperfecto, y no a mí; porque si sois fiel a vos mismo, yo lo sabré.

CARDENAL

¿Queréis hacerme hablar?

JULIA

No, vuestro juicio os hará contarlo. Igual culpa hay en revelar los secretos de uno a todos que en tenerlos ocultos para todos.

CARDENAL

Lo primero arguye locura.

JULIA

Y lo segundo, tiranía.

CARDENAL

Muy bien; pues figuraos que cometí una acción secreta y deseo que el mundo no llegue a oírla jamás.

JULIA

¿Así que no lo puedo saber? Por mí habéis ocultado una culpa tan grande como el adulterio. Señor, nunca como ahora tuvisteis ocasión de poner a prueba mi constancia; señor, os suplico...

CARDENAL

Os arrepentiréis.

JULIA

Nunca.

CARDENAL

Te corre prisa tu ruina; no te lo diré. Sábelo bien y piensa cuán peligroso es entrar en los secretos de un príncipe; los que así lo hacen han de tener el pecho forrado de diamantes para con-

tenerlos. No insistas, te lo ruego; considera tu propia fragilidad; más fácil es hacer un nudo que deshacerlo; es un secreto que, como lenta ponzoña, pudiera correrse a las venas y matarte de aquí a siete años.

JULIA

Ahora bromeáis conmigo.

CARDENAL

Basta: lo sabrás. Por mandato mío, la duquesa de Malfi y sus dos hijos menores, cuatro noches hace, fueron estrangulados.

JULIA

¡Cielos! Señor, ¿qué hicisteis?

CARDENAL

¿Lo veis? ¿Qué os parece? ¿Pensáis que vuestro pecho será tumba lo bastante negra y escondida para un secreto tal?

JULIA

Os habéis perdido, señor.

CARDENAL

¿Por qué?

JULIA

Porque no está en mi mano ocultarlo.

CARDENAL

¿No? Ven, quiero tomarte juramento por este libro.

JULIA

Religiosamente lo presto.

CARDENAL

Bésalo. *(Julia besa el libro.)* Nunca has de proferirlo ya; tu curiosidad te ha perdido; este libro te envenena; porque sabía que no ibas a guardar mi secreto, te lo impongo con la muerte.

(Vuelve a entrar BOSOLA.)

BOSOLA

¡Por piedad, deteneos!

CARDENAL

¡Eh! ¿Bosola?

JULIA

Os perdono esta justicia que habéis hecho, porque yo traicioné con éste vuestro secreto. El lo ha oído; por eso os decía que no estaba en mi mano su guarda.

BOSOLA

¡Oh, necia mujer! ¿No podías envenenarlo?

JULIA

De flacos es pensar en lo que se podía haber hecho. Me voy, no sé adónde. *(Muere.)*

CARDENAL

¿A qué vienes aquí?

BOSOLA

En busca de un prócer como vos, que no esté sin juicio como lo está don Fernando, para recordarle mis servicios.

CARDENAL

He de hacerte pedazos.

BOSOLA

No prometáis hacer nada con esta vida, de la que no podéis disponer.

CARDENAL

¿Quién te escondió ahí?

BOSOLA

Ella, con su lascivia, según su designio.

CARDENAL

Muy bien; ya sabes que soy tu cómplice.

BOSOLA

¿Y pondréis todavía bellos colores de mármol a vuestras corrompidas proposiciones? A no ser que imitéis a los que traman grandes traiciones, y cuando las han conseguido se esconden en la tumba de los que las hicieron.

CARDENAL

No más; aquí la fortuna te espera.

BOSOLA

¿Voy otra vez a poner pleito a la Fortuna? Esta es la peregrinación del loco.

CARDENAL

Te prometo honores.

BOSOLA

Hay muchas maneras de lograrlos, algunas muy torpes.

CARDENAL

Manda al diablo tu melancolía. Bien quema el fuego; ¿a qué removerlo y ahogarlo? ¿Quieres matar a Antonio?

BOSOLA

Sí.

CARDENAL

Llévate ese cadáver.

BOSOLA

Pienso que pronto seré ataúd público para los cementerios.

CARDENAL

Te daré una docena de secuaces que te ayuden al asesinato.

BOSOLA

¡Oh, de ninguna manera! Los médicos que emplean sanguijuelas para curar una hinchazón profunda suelen cortarles la cola para que corra la sangre más de prisa; no quiero compañía para derramar sangre, no sea que aumente para llevarme a galeras.

CARDENAL

Ven a verme antes de media noche, y me ayudarás a trasladar este cuerpo a la casa en que vivía; diremos que murió de la peste; así no se investigará la causa de su muerte.

BOSOLA

¿En dónde está Castruccio, su marido?

CARDENAL

A Nápoles se fué, para tomar posesión de la ciudadela de Antonio.

BOSOLA

Creedme, suerte habéis tenido.

CARDENAL

No dejes de venir; toma la llave maestra de nuestras habitaciones; así verás la confianza que en ti pongo.

(*Vase el* CARDENAL.)

BOSOLA

Dispuesto me hallaréis. ¡Ay, pobre Antonio! ¡Aunque ninguna situación es más digna de lástima que la tuya, aun pienso que el peligro es mayor! He de mirar bien dónde piso; en estos suelos resbaladizos como el hielo son necesarias herraduras en los tacones para no romperse la cabeza; delante tengo el precedente. ¡Cómo nada en sangre este hombre, al parecer sin temor! Bien está; hay quien dice que la tranquilidad es antesala del infierno, y entre los dos no hay más que un tabique. Ea, buen Antonio; en tu busca voy; todo mi cuidado he de poner en librarte de los crueles mordedores que ya te han sacado la sangre. Quizá me una contigo justísima venganza; fuerza bastante tiene el brazo más débil, si hiere con la espada de la justicia. ¡Pienso que aun me persigue la duquesa: atrás, atrás! No es sino mi melancolía. ¡Oh, penitencia, pruebe yo tu copa, que derriba a los hombres tan sólo para elevarlos! *(Vase.)*

ESCENA III

Una fortaleza.

(Entran ANTONIO *y* DELIO.)

DELIO

Aquella es la ventana del cardenal. Esta fortaleza se ha alzado sobre las ruinas de una vieja abadía; al otro lado del río hay un muro, un trozo de claustro que, a mi parecer, produce el mejor

eco que jamás se oyó, tan hueco y lúgubre, y tan claro a la vez, que muchos han llegado a creer en un fantasma que responde.

ANTONIO

Me gustan estas ruinas viejas. Nunca las pisamos sin hallar una venerable historia; y, sin duda, en este patio abierto, desnudo ahora a las injurias de la tormenta, yacen algunos hombres que amaron de tal modo a la iglesia, y tan generosamente la regalaron, que la creyeron capaz de guardar sus huesos hasta el día del juicio; pero todo acaba; iglesias y ciudades sufren males como los hombres y tendrán igual muerte que nosotros.

ECO

Igual muerte que nosotros.

DELIO

Ya os contesta el eco.

ANTONIO

Tal vez, al gemir, mi voz es espantosa.

ECO

Mi voz es espantosa.

DELIO

Ya os dije cuán perfecto era; podéis convertirlo en cazador, en halconero, en músico, en tristeza.

ECO

En tristeza.

ANTONIO

¡Ay, eso es lo mejor!

ECO

¡Es lo mejor!

ANTONIO

Parece la voz de la duquesa.

ECO

¡La voz de la duquesa!

DELIO

Venid, alejémonos de él. No quisiera que fueseis esta noche a la morada del cardenal. No vayáis.

ECO

No vayáis.

DELIO

No modera más los dolores mortales de sabiduría que el tiempo; dejad que el tiempo pase; atended a vuestra seguridad.

ECO

Vuestra seguridad.

ANTONIO

La necesidad me obliga; escrutad los sucesos de vuestra existencia, y veréis que es imposible huir del hado.

ECO

¡Huir del hado!

DELIO

¡Escuchad: las piedras muertas parecen teneros lástima y aconsejaros bien!

ANTONIO

Eco, no hablaré contigo, porque estás muerto.

ECO

¡Estás muerto!

ANTONIO

Ya duerme tranquila, así lo creo, la duquesa, mi esposa, con sus pequeñuelos; ¡oh, cielos! ¿No he de verla nunca más?

ECO

¡Nunca más!

ANTONIO

Nunca vi eco semejante a éste; y al súbito brillar de una luz se me aprecia un rostro lleno de tristeza.

DELIO

No es más que vuestra imaginación.

ANTONIO

Venid, quiero librarme de esta fiebre, porque vivir así no es vivir; es burla y engaño de la vida; no he de salvarme a medias; perderlo todo, o nada.

DELIO

¡Salveos vuestra propia virtud! Voy a traer a

vuestro hijo mayor para secundaros; quizá la vista de su propia sangre, animando tan dulce rostro, le infunda más compasión. Adiós, pues. Aunque la Fortuna tenga parte en nuestras miserias, no la tiene en nuestros nobles sufrimientos; sólo el desprecio del dolor es nuestro del todo. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Aposento en la residencia del cardenal y de Fernando.

(Entran el CARDENAL, PESCARA, MALATESTI, RODRIGO *y* GRISOLANO.)

CARDENAL

No tenéis necesidad de velar esta noche al príncipe enfermo; su gracia ha mejorado mucho.

MALATESTI

Permitídnoslo, buen señor mío.

CARDENAL

De ninguna manera; el ruido y el movimiento le hacen desvariar. Idos a acostar todos, os lo ruego, y aunque le oigáis gritar en su violenta manía, no os levantéis, os lo pido.

PESCARA

Bien está, señor; así lo haremos.

CARDENAL

Necesito que me lo prometáis por vuestro honor, pues así él me lo dijo, y parecía exigirlo con sumo interés.

PESCARA

Pliéguese nuestro honor a esta insignificancia.

CARDENAL

Y tampoco ninguno de vuestra servidumbre.

MALATESTI

Tampoco.

CARDENAL

Quizá, para poner a prueba vuestra promesa, cuando él esté dormido, yo mismo me levante y inja alguna de sus locuras, pidiendo socorro, como si yo también corriese peligro.

MALATESTI

Aunque os degollaran, no acudiría yo, ya que s lo prometí.

CARDENAL

Bien está, os lo agradezco.

(Se retira al fondo de la habitación.)

GRISOLANO

Esta noche hubo una horrible tormenta.

RODRIGO

La cámara de don Fernando temblaba como un mimbre.

MALATESTI

Era pura amabilidad del diablo, que mecía a su rorro.

(Vanse todos, menos el CARDENAL.)

CARDENAL

No quise dejarlos junto a mi hermano, porque a media noche, con más sigilo, he de trasladar el cuerpo de Julia a su casa. ¡Oh, conciencia mía! Quisiera rezar; pero el diablo me arrebata el corazón y me quita fe en las oraciones. A estas horas cité a Bosola para sacar el cuerpo; en cuanto me haya servido, morirá. *(Vase.)*

(Entra BOSOLA.)

BOSOLA

¡Eh! Era la voz del cardenal. Oí el nombre de Bosola y la palabra muerte; escuchemos; alguien anda ahí.

(Entra FERNANDO.)

FERNANDO

Muerte por estrangulación es muerte tranquila.

BOSOLA

(Aparte.) ¡Ah! Ya veo que he de ponerme en guardia.

FERNANDO

¿Qué decís vos? Hablad bajo. ¿Estáis conforme? Pues hágase a obscuras; ni por mil libras querría el cardenal que el doctor lo viese. *(Vase.)*

BOSOLA

Tramada está mi muerte; tal es la consecuencia del crimen. No valen merecimientos ni ser cristiano, si la muerte cura las acciones perversas.

(Entran ANTONIO *y* CRIADO.)

CRIADO

Quedaos aquí, y tened confianza, os lo ruego; voy a traeros una linterna sorda. *(Vase.)*

ANTONIO

Si pudiera sorprenderle rezando, habría esperanza de perdón.

BOSOLA

¡Hiere derecha, espada! *(Le hiere.)* No he de darte tiempo para rezar.

ANTONIO

¡Ay, muerto estoy! En un minuto diste fin a una larga súplica.

BOSOLA

¿Quién eres?

ANTONIO

¡Un desgraciado, a quien sólo tú beneficias con la muerte que recibo!

(Vuelve el CRIADO *con una linterna.)*

CRIADO

¿En dónde estáis, señor?

ANTONIO

Muy cerca de mi casa. ¡Bosola!

CRIADO

¡Oh, desgracia!

BOSOLA

¡Refrena tu piedad, o eres muerto! ¡Antonio! ¡El hombre a quien habría querido salvar a costa de mi propia vida! ¡No somos más que pelotas con que juegan los astros, golpeándolas y lanzándolas para divertirse! ¡Oh, buen Antonio! Una cosa he de murmurar a tu oído para que de repente se rompa tu corazón: Tu hermosa duquesa y los dulces niños...

ANTONIO

Sólo sus nombres encienden alguna vida en mí.

BOSOLA

Fueron asesinados.

ANTONIO

Muchos desean morir oyendo tristezas; yo estoy contento de morir en el dolor; no quisiera bálsamo ni curación para mis heridas, porque de nada me sirve la existencia. En nuestro afán de riquezas, como chicuelos retozones que sólo del pasatiempo se cuidan, corremos detrás de unas burbujas que un soplo lanzó al aire. ¿Qué es el placer de la vida? Sólo el intervalo de calma en una calentura; nada más que un preparativo para el descanso, una constante vejación. No pregunto por qué me matas; sólo te pido que me encomiendes a Delio.

BOSOLA

¡Rómpete, corazón!

ANTONIO

Y que mi hijo huya de las cortes de los príncipes. *(Muere.)*

BOSOLA

Tú parecías amigo de Antonio.

CRIADO

Yo le di entrada para reconciliarle con el cardenal.

BOSOLA

No te pregunto eso. Cógele, si estimas tu vida, y llévale adonde la señora Julia solía estar. ¡Ah, de prisa corre mi hado! Ya tengo al cardenal en el yunque; voy a descargar el martillo. ¡Oh, error espantoso! No he de imitar glorias ni bajezas;

yo mismo he de ponerme por ejemplo. Adelante, adelante; mira de imitar bien, con tu silencio, al cadáver que llevas.

ESCENA V

Otro aposento en el mismo palacio.

(Entra el CARDENAL *con un libro.)*

CARDENAL

Me preocupa una cuestión acerca del infierno; dicen que en el infierno no hay fuego material, y que, por lo tanto, no a todos los hombres ha de quemar lo mismo. Olvidémoslo. ¡Qué importuna es la conciencia culpable! Cuando miro los viveros de mi jardín, me parece ver un brazo armado de un rastrillo, que me amenaza.

(Entran BOSOLA *y el* CRIADO *con el cuerpo de* ANTONIO.)

¿Viniste ya? Estás lívido. Tu faz muestra una gran determinación, mezclada con cierto temor.

BOSOLA

Así es el brillo de la acción; vine a matarte.

CARDENAL

¡Eh! ¡Socorro! ¡Mis guardias!

BOSOLA

Estás engañado; no llegan hasta ellos tus aullidos.

CARDENAL

Detente, y con fidelidad partiré mis rentas contigo.

BOSOLA

Intempestivos son tus ruegos y propuestas.

CARDENAL

¡Despertad a la guardia! ¡Nos han traicionado!

BOSOLA

He impedido vuestra fuga; consentiré que os recojáis en la cámara de Julia, pero no más lejos.

CARDENAL

¡Socorro! ¡Nos han traicionado!

(*Entran, arriba,* PESCARA, MALATESTI, RODRIGO *y* GRISOLANO.)

MALATESTI

Escuchemos.

CARDENAL

¡Mi ducado por mi rescate!

RODRIGO

¡Vaya con la farsa!

MALATESTI

¡Bah, no es el cardenal!

RODRIGO

Sí, sí, él es; pero aunque le viese ahorcado, no bajaría adonde está.

CARDENAL

¡Conspiran contra mí! ¡Me atacan! ¡Perdido estoy si alguien no me socorre!

GRISOLANO

Lo hace bastante bien; pero no se reirá de mi palabra de honor.

CARDENAL

Tengo la espada junto al cuello.

RODRIGO

No chillaríais tanto si así fuese.

MALATESTI

Vaya, vaya, vámonos a dormir; ya nos lo previno.

PESCARA

Os mandó que no le dieseis auxilio; mas, creedlo; el tono de la voz no es de broma; voy a bajar y con herramientas, a forzar la puerta.

(Vanse, arriba, MALATESTI, RODRIGO *y* GRISOLANO.*)*

BOSOLA

Primero tú; para que no desatranques la puerta y traigas auxilio. *(Mata al criado.)*

CARDENAL

¿Qué motivo tienes para atentar contra mi vida?

BOSOLA

Mirad.

CARDENAL

¡Antonio!

BOSOLA

¡Muerto impensadamente a mis manos! Rezad y sed breve; cuando diste muerte a tu hermana, le quitaste a la justicia su balanza, siempre igual, y sólo le dejaste la espada.

CARDENAL

¡Ay, compasión!

BOSOLA

Ahora se ve que tu grandeza era sólo exterior; porque caes tú mismo, antes que la calamidad te arrastre. No he de perder más tiempo: ¡Así! *(Le hiere.)*

CARDENAL

¡Me has herido!

BOSOLA

Otra vez. *(Vuelve a herirle.)*

CARDENAL

¿He de morir como un lebrato, sin resistencia ninguna? ¡Socorro, socorro, socorro! ¡Me asesinan!

(Entra FERNANDO.)

FERNANDO

¡El toque de rebato! Dadme un caballo fresco; rehaced la vanguardia, o la jornada se pierde. ¡Rendíos, rendíos! Os dejo el honor de las armas. Agito la espada sobre vosotros. ¿Os rendiréis?

CARDENAL

¡Socórreme! Tu hermano soy.

FERNANDO

¡El diablo! Mi hermano pelea por la parte contraria. *(Hiere al cardenal, y en la refriega causa otra herida mortal a Bosola.)* Así huye vuestro rescate.

CARDENAL

¡Oh, justicia! Sufro ahora por lo que antes fué; el dolor es el primogénito del pecado.

FERNANDO

Sois, pues, unos valientes. La fortuna de César fué más dura que la de Pompeyo; César murió en brazos de la prosperidad. Pompeyo, a los pies de la desgracia. Vosotros dos morís en el campo. El dolor nada importa; a menudo el dolor desaparece ante la noticia de otro más grande, como el dolor de muelas a la vista del barbero que viene a sacarlas; aplicaos esta filosofía.

BOSOLA

Ya mi venganza está cumplida. ¡Perece tú, causa principal de mi pérdida! *(Mata a Fernando.)* La última parte de mi vida es la que mejor me ha servido.

FERNANDO

Dadme un poco de heno húmedo; me falta el aliento. Este mundo no vale para mí más que

una perrera; quiero hacer algo increíble y gozar altos placeres más allá del morir.

BOSOLA

Parece volver en sí, ahora que tan cerca está del fondo.

FERNANDO

¡Hermana, hermana mía! Esa es la causa de todo. Si pecamos por ambición, por sangre o lascivias, como a los diamantes con nuestro mismo polvo nos tallan. *(Muere.)*

CARDENAL

Tú también vas pagado.

BOSOLA

Sí; tengo el alma cansada en los dientes; y ya quiere salirse de mí. Me glorío de que tú, que te levantabas como ingente pirámide, comenzando en ancha y extensa base, termines ahora en breve punta, casi en nada.

(Entran, abajo, PESCARA, MALATESTI, RODRIGO *y* GRISOLANO.)

PESCARA

¿Qué es esto, señor?

MALATESTI

¡Oh, desastre fatal!

RODRIGO

¿Qué ha ocurrido?

BOSOLA

Venganza por la duquesa de Malfi, asesinada por sus hermanos los de Aragón; por Antonio, muerto por esta mano; por la impúdica Julia, envenenada por este hombre; y, en último término, por mí, que he sido autor de los principales en todo ello, muy en contra de mi buen natural, para verme luego menospreciado.

PESCARA

¿Cómo os halláis, señor?

CARDENAL

Mirad a mi hermano; aquél nos causó estas anchas heridas mientras luchábamos. Y ahora, os ruego que me echéis a un lado y no volváis a pensar en mí. *(Muere.)*

PESCARA

¡Cuán fatalmente, al parecer, se opuso a su salvación!

MALATESTI

Y tú, malvado sanguinario, di cómo fué a morir Antonio.

BOSOLA

En la sombra; cómo, no lo sé; por una equivocación como las que he visto muchas veces en el teatro. ¡Ay, muerto estoy! Somos lo mismo que paredones caídos o tumbas abovedadas, que en ruinas nos dan eco. Adiós. Puede haber pena, mas no daño para mí muriendo en tan noble riña. ¡Oh,

mundo sombrío! ¡En qué obscuridad, en qué hoyo profundo de tinieblas vive la humanidad femenil y medrosa! No vacilen jamás las almas dignas en sufrir muerte o vergüenza por lo que es justo; otro es ya mi viaje. *(Muere.)*

PESCARA

Cuando yo venía a palacio, el noble Delio me dijo que Antonio estaba aquí, y me mostró un guapo mozo, hijo y heredero suyo.

(Entran DELIO *y el hijo de* ANTONIO.)

MALATESTI

¡Señor, muy tarde llegáis!

DELIO

Lo supe, y al venir ya lo esperaba. Saquemos uena enseñanza de tan gran ruina, y unamos toas nuestras fuerzas para dar a este mozo de taes esperanzas la sucesión de su madre. Estas malades eminentes no dejan otra fama detrás que que dejaría el que cayese sobre escarcha, graando su forma en la nieve: en cuanto brilla el sol, rma y materia se derriten juntas. Siempre pen- que la Naturaleza nunca hace nada tan gran- por los grandes como cuando se complace en acerlos señores de verdad; la integridad de la da es el mejor amigo de la fama que noblemen-, más allá de la muerte, ha de coronar la exisncia. *(Vanse.)*

FIN

INDICE